

Política y Sociedad: Brocato, Chereski, De Ipola, Franzé, Godio, Nove,  
Nuñez, Puiggrós, Tiramonti, Vodanovic

Diálogo sobre el poder, el miedo y la muerte: Canetti y Adorno

Suplemento/3: La Argentina en los años 30: Ansaldi, Aricó, Caldelari,  
Forster, Gramuglio, Nudelman, Portantiero, Rapalo, Sammaritano, Terán

# *La Ciudad Futura*

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 4, marzo de 1987

★ 4



Tarifa reducida 1409 - Franqueo pagado 5167

# La ofensiva de la iglesia

Los diarios del día posterior a la primera huelga general organizada este año por la C.G.T., publicaron la fotografía: en ella se veía a Saúl Ubalidini leyendo una declaración, literalmente protegido por un enorme imagen de la Virgen de Itatí que ocupaba el centro del escritorio. El cuadro —aunque algo exótico si uno piensa en la centenaria tradición laica del movimiento obrero en la argentina— no parece en sí mismo censurable. Finalmente las convicciones religiosas de Ubalidini son un problema personal, sólo controlado por su propia conciencia. El problema es que ese piadoso retrato es el indicio de una operación institucional que busca alcanzar un pico con la próxima visita del Papa a nuestro país.

Conocida es —aquí y en el exterior— la orientación cerrilmente conservadora que campea en el episcopado argentino. No quisáramos que se entienda que ese tradicionalismo es unánime en la iglesia: incluso entre la jerarquía hay voces discordantes. Pero cualquier observador sabe cuáles son las diferencias que separan al catolicismo argentino del brasileño o del chileno, para citar algunos casos cercanos. Y cuantas son las similitudes con la iglesia española bajo el franquismo, por ejemplo.

A nuestros obispos no les es fácil cohabitar un sistema ideológico y político pluralista como el que define a la democracia. Siempre han sentido una mayor incomodidad con ella que con los varios autoritarismos que hemos padecido. Hace poco una declaración del episcopado ha sido un reconocimiento tibamente autoritario con respecto a la actitud ejercitada durante los años de horror de la última dictadura. Pero ni bien puede, la intolerancia asoma y se expresa en voces que se dirá que son aisladas, pero que nunca son desmentidas ni menos aún repudiadas.

La lista de exabruptos emitidos por autoridades eclesásticas en los últimos tiempos sería bastante larga, como para considerarla un producto aislado de ciertas mentalidades integristas. Las opiniones de monseñor Ogdenovich sobre el divorcio, descartadas insistentemente durante todo el año pasado, son antológicas por su torpeza. Hace menos tiempo, otro obispo, monseñor Collino, anunció con ademanes proféticos la existencia

“planificada y perfectamente organizada” de “una persecución lanzada contra la Iglesia en la Argentina a partir y al amparo de la democratización del país”. Entre las pruebas de una situación cercana al mariposo, ofrecía la realización de un recital por un cantante popular en el Luna Park. Es de presumir que, de acuerdo con monseñor Collino, el evento tendría que haber sido prohibido. La banalidad del argumento esgrimido no atenua su gravedad como síntoma de mentalidad cerril: teramos que el célebre parangón nuestro momento actual con el de la persecución a Jesucristo y, extremando el símil, agrega: “mientras los Doce Apóstoles dormían, Judas y los judíos, tramaban, organizaban, planificaban la muerte del que había venido a salvarnos”.

El tema del “abandamiento” de los costumbres que lleva a la pornografía y del pluralismo ideológico que desemboca en el libertinaje, ha sido, junto con la crítica medieval al divorcio, la forma recurrente con que a partir de 1983 se ha advertido desde la tribuna eclesástica acerca de los peligros de la democracia. En el fondo muchos parecen pensar que toda, que cualquier reforma, es peligrosa. Monseñor Primatista ha manifestado su temor (ante dirigentes políticos de Córdoba pero los alcances del juicio pueden extenderse) que la nueva Constitución “sea atea”. “Sería insensato —agregó— arrojar por la borda todo el pasado de la provincia con ligereza y menos con euforia reformista. Negar o prescindir de Dios en la ley fundamental de la provincia sería un desacierto, una imprudencia y una responsabilidad histórica cuyos alcances no se pueden medir fácilmente ahora”. Otra vez el lenguaje catastrofista amenazando con una ira celestial que en la experiencia religiosa ha sido siempre, desdichadamente, tenebrosa.

Pero lo que interesa discutir sobre todo —y volvemos a la imagen devota de Ubalidini— es la manera en que estos “tics integristas, preconizables” se expresan. Basta a cualquier intento de cambio de hábitos políticos, sociales o culturales, buscan articularse con el movimiento social, lanzándolo como ariete contra el pluralismo ideológico en el sueño de un orden corporativo.

Al calor de la visita papal el operativo es transparente. La Iglesia, que desconfa del laicismo del sistema político, de la visión secular de los partidos, aspira a liderar doctrinariamente a los estamentos: los sindicatos, los empresarios... ¡las fuerzas armadas!

Insistimos en no querer plantear un esquema de alineamiento simplista. No todos piensan así, pero es evidente que algunos de los arquetipos de esa visión son hoy voceros privilegiados. Alberto Di Stefano, obispo de San Juan y encargado del equipo de pastoral social, es uno de ellos. Dirigentes sindicales y dirigentes empresarios acuden a su convocatoria para escuchar que “se han diluido las antiguas situaciones: patrones y obreros, que compartían la misma situación; y que —dice monseñor— “no preocupa la estatización que avanza sobre la libertad, la imaginación, la creatividad”. La prensa ha informado que los dirigentes patronales le van a hacer llegar al Papa un documento en el que le contarán sus cuitas y también Ubalidini anunció, enfervorizado, que va a denunciar ante el los problemas de los trabajadores.

Se ha dicho alguna vez que Juan Pablo II tenía una especial predilección por el sindicalismo argentino, en la medida en que consideraba que compartiría con el polo o un rasgo casi exclusivo: su permeabilidad a la prédica doctrinaria del catolicismo. Es evidente que ese rasgo teológico se acentúa cada vez más en la cúpula gremial. No es el folklore político local quien hauido a Ubalidini como “el Walesea argentino”. Fue un grupo italiano, estrechamente ligado al Papa, “Comunione e Liberazione”, que combina tradicionalismo con populismo, quien inventó el calificativo.

Lo que llamamos la ofensiva de la Iglesia en la Argentina, no es el producto de una contumacia paranoica antiergida, sino la constatación de una política proyectada política que incluso tiene raíces populares. Dentro de las tantas cuestiones vigentes en la difícil transición democrática, parece interesante colocar también este tema en el debate. Vale la pena tomar conciencia que, en el entrecruce de las opciones en juego, el Vaticano nos mira.

—La Ciudad Futura

## Sumario

|                                                                                                                     |    |                                                                             |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|-----------------------------------------------------------------------------|
| Editorial                                                                                                           | 14 | Juan Carlos Portantiero: Transformación social y crisis de la política.     |
| 2 La Ciudad Futura: La ofensiva de la iglesia.                                                                      | 15 | José Aricó: Los comunistas y el movimiento obrero.                          |
| Política y sociedad                                                                                                 | 16 | Maria Cadelari: De la secta a la política.                                  |
| 3 Julio Godio: Cuarto punto final: Lo que termina y lo que empieza.                                                 | 17 | Ricardo Nudelmann: Los socialistas y el golpe del 30.                       |
| 4 Emilio De Ipolo: Composición tema punto final.                                                                    | 18 | Ricardo Foster: Los socialistas: claves de una frustración.                 |
| 5 Adriana Puiggrós: Partidos, intelectuales y pedagogos.                                                            | 21 | Waldo Ansaldi: Los conflictos agrarios.                                     |
| 6 Solicitadas: Sobre el “Punto final”.                                                                              | 22 | Oscar Terán: El nacionalismo sin nación.                                    |
| Guillermina Triamonti: Las reformas del nivel medio de educación.                                                   | 23 | Maria Ester Rapalo: Criterio: los pilares del orden “cristiano”.            |
| 8 Javier Fernández: Conversación con Carlos Brocato: Los intelectuales, las ideas y la política.                    | 24 | Salvador Sammartino: Cine y sociedad en los años de la crisis.              |
| 9 Javier Fernández: Lozadur: una respuesta nueva de larga data.                                                     | 24 | Maria Teresa Gramuglio: Cinco preguntas sobre Mallea.                       |
| 10 José Aricó y Javier Arizaga: Conversación con Hernán Vodanovic y Ricardo Núñez: El futuro del socialismo chileno | 25 | Mario Baccianini: Conversación con Alec Nove: ¿Quién le teme al socialismo? |
| Suplemento 3                                                                                                        | 25 | Isidoro Chereski: París 1986. La calle socorre la democracia.               |
| La Argentina de los años 30. Momentos y figuras de la crisis.                                                       | 26 |                                                                             |

|                 |    |  |
|-----------------|----|--|
| 13 Presentación | 26 |  |
|-----------------|----|--|

## La Ciudad Futura

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Luta. Consejo de redacción: Jorge Bufano, Jorge Dotti, Ricardo Iberlucia y Héctor Leis.

Comité editorial: Carlos Altamirano, Emilio de Ipolo, Rafael Filippelli, Julio Godio, Oscar R. González, Jorge Korts, Carlos Kreimer, Jorge Lieberman, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelmann, José Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Hugo Vezzetti.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cartas y giros en Casilla de Correo N° 177, Sucursal 12, Buenos Aires (1412). Tipografía de títulos: Graphic Arts. Composición de textos, pláticas e impresión: Gráfica Integral, Albarracín 1955, B.S. Distribución en kioscos: Infinito S.R.L., Venezuela 1437, B.S. Distribución en librerías: Catálogos S.R.L., Independencia 1860, B.S. As.

N° de Registro de propiedad intelectual: 41392. Suscripción en la Argentina, seis números, \$ 22. Suscripción en el exterior, seis números, \$ 30. Cartas y giros a la orden de Arnaldo Martín Jauregui, administrador.

## Las ilustraciones

Las ilustraciones del interior de este número pertenecen a León Ferrari, artista argentino que actualmente reside en Sao Paulo, Brasil, y cuya trayectoria de vanguardia fue muy significativa en las últimas décadas de la plástica argentina al introducir en sus búsquedas formales un nuevo revuelto: la contestación ideológica. Fue uno de los principales creadores de “Tucumán ardiente” en 1968. En los últimos años, desde su exilio en Brasil, retomó sus reflexiones estético-ideológicas, traduciendo en sus audaces pinturas.

Las ilustraciones fueron tomadas de sus libros *La batalla* (Sao Paulo, edición del autor, 1985) y *Para herejes* (Sao Paulo, Editora Expresso, 1986).

La ilustración de la tapa, como en los números anteriores, pertenece a Juan Pablo Renzi.

## error

En la página 21 se desizó un error: el apellido del autor del artículo “Los conflictos agrarios” es Ansaldi y no Ausaldi.

# Cuarto punto final

## Lo que termina y lo que empieza

Julio Godio

En *La Ciudad Futura*/3 iniciamos un debate sobre el “punto final”. La ley fue aprobada, pero el problema sigue. Más allá de la solución jurídica que el problema encuentre, es toda la sociedad la que debe hacerse cargo de la tragedia. Godio y De Ipolo se suman a la polémica.

el renor de una sociedad paralizada por el miedo.

En estos cuatro puntos finales podemos encontrar un elemento en común: todos fundaron su legitimidad en una misma preocupación por la “salud moral” de la nación, supuestamente en peligro por la presencia o la acción de los condenados de la tierra. Si se morían negros por la peste era por la simple razón de que sólo “salían vivos hacinosos”, si eran negros los muertos, era el costo que había que pagar para expandir el “mensaje civilizatorio”; los caídos entre 1919 y 1922 lo fueron por su condición de “maximalistas y bolcheviques”. Los asesinados por implacabilidad y sevicia entre 1974 y 1979 debían desaparecer por castistas y comunistas, o simplemente por “marxistas”.

Pero, entonces, hay una pregunta que se impone: ¿qué país es éste que para existir necesita eliminar periódicamente a parte de su población? He aquí el primer tema, central, al que nos remite el punto final. Es imprescindible introducir en nuestra sociedad el debate sobre la existencia en la Argentina de la *tenet disposición* de una minoría decadente y racista, a mantener, aún al precio de la sangre de los argentinos, sus privilegios en un país hoy en decadencia. Mataron a negros e indígenas para modelar ese país, asesinaron a obreros indefensos en 1919 y 1922 para conservar su hegemonía; aniquilaron en 1974-1979 una generación para manejar arbitrariamente, y a sus beneficios personales, un país ahora empobrecido y en decadencia. Pero eso seguirá alimentando el sueño perverso de otras nuevas soluciones militares.

El actual punto final es, de todas maneras, el único en la historia que ha merecido fuertes sanciones morales y legales. Es absurdo pensar que la UCR pudiera ir más lejos de lo que fue. Del mismo modo que todos tenemos la certeza de que si el Frente trataba en 1983 a lo sumo hubieran ido presos los responsables del desastre de las Malvinas, o tal vez, ni siquiera éstos.

El presidente Alfonsín y la mayoría de la dirigencia de la UCR impulsaron el punto final porque desde 1983 los políticos con las FFAA existían ante todo en los calabozos en la situación de culpables frente a la sociedad. Culpables por haberse convertido en el “partido militar”, por ejercer el poder de manera despótica y por arrastrar al país a una crisis sin precedentes.

El propósito fue hacer caer a las FFAA reconstruir su voluntad política antidemocrática e impedirles la posibilidad de volver a instalarse en el poder. En función de ese objetivo el presidente Alfonsín estiró su política hasta el límite posible para la UCR: el funcionamiento de la Conadep y el castigo a las tres juntas.

El peronismo se escindió ante la estrategia radical. Su derecha fascista no

podía defender abiertamente a una institución que protagonizó dos golpes de estado contra su movimiento. Pero periódicamente hizo manifestaciones en defensa de las FFAA y, obviamente, votó el punto final porque piensa que la UCR fracasará y nuevamente llegará la hora de las espadas. El peronismo renovador y la mayoría de la dirección de la CGT se opusieron al punto final porque saben de los costos de la FFAA, y quieren una nueva solución militar. Pero no movilizaron a sus fuerzas y se mantuvieron prescidentes frente al proyecto oficial no al participar en el debate parlamentario y al asistir simbólicamente a la marcha organizada por los opositores al punto final.

Por último, los que se opusieron activamente constituyeron una minoría que ha desempeñado el papel central en el descubrimiento y la denuncia del genocidio, pero que no tiene mayor gravitación en las instituciones políticas, sindicales, empresariales, etc. Esta minoría, por lo tanto, no pudo cambiar la tendencia principal que mancomuna a la UCR y al peronismo en la búsqueda de un compromiso con las FFAA.

¿Qué se deduce de lo anterior? Que es preciso arrancar de esta realidad. Ni Alfonsín es un “traidor”, ni todo el peronismo suscribe el “pacto sindical-militar”. Sencillamente estamos en una democracia política hegemonizada por dos grandes partidos que avanzan, a través de un complejo mecanismo de ensayo y error, hacia la consolidación de un régimen democrático bipartidista. Y ambos partidos desean sus fuerzas armadas sujetas al régimen constitucional. Las direcciones de ambos partidos comparten una concepción común al respecto: castigar penalmente a la cúpula golpista (1976-1983) para impedir reincidencias y producir transformaciones en la doctrina militar y en la propia estructura de las FFAA. Radicales y peronistas pretenden asegurar las fuerzas armadas en el sistema democrático. Pero ni unos ni otros desean transformar la sanción moral en sanción penal para los cientos de oficiales y suboficiales comprometidos en delitos que siempre fueron “crímenes aberrantes” en 1983. En un país que se propone consciente y racionalmente comprometerse a todos.

En el comportamiento de ambos partidos confluyen dos aspectos: por un lado estos partidos siempre han dicho que pretenden transformar evolutivamente a las FFAA; “evolución de orden”. Sólo ahora, luego de la trágica experiencia de 1976-1983, esas bases se oponen mayoritariamente a nuevas aventuras militares.

Es necesario recordar que entre 1976-1982 las Madres de Plaza de Mayo y organizaciones de derechos humanos, se movilizaban solitariamente, con el solo apoyo de pequeños partidos de izquierda y algunas personalidades aisladas de los partidos políticos tradicionales y la Iglesia Católica. Producida la guerra de la guerra de Malvinas, y en plena descomposición de la dictadura militar, sólo entonces las Madres de Plaza de Mayo fueron reconocidas como la institución por excelencia en defensa de “la vida y contra la muerte”. Súbitamente, los partidos tradicionales deshicieron su rol pionero. La sociedad que presenció atónita la matanza inútil en la guerra, comprendió el nexto entre crimen y los crímenes pasados, aquellos que muchos argentinos absorbían y deglutían diciendo “por algo será”.

Teniendo en cuenta ese contexto es ilógico pensar que el presidente Alfonsín instalara un Níemberg. En realidad, la UCR fue más lejos que lo previsto y produjo un hecho positivo de incalculables consecuencias para la sociedad argentina: sometió a los militares a la justicia civil; hizo conocer al pueblo el funcionamiento de la maquinaria asesina y condenó a sus principales culpables.

A diferencia de los anteriores, con este punto final hubo sanciones. Seguirán nuevos juicios y es posible que otros genocidas sean condenados y vayan a parar a la cárcel.

En el país se han movilizado activamente por los derechos humanos unos 100.000 personas, es decir, menos del 1 % de la población. Podríamos decir que ese conjunto de personas constituye por su calidad moral la primera reserva activa de la democracia y de los derechos humanos. Pero hay que reconocer que su movilización no ha contado con un apoyo popular activo. Además, en este movimiento no necesariamente se establece una vinculación directa entre una práctica militante por los derechos humanos y concepciones diferentes sobre la política. Un ejemplo: actualmente se hace pasar la discusión sobre el punto final como una “trición” de la UCR y de Alfonsín, al mismo tiempo en los medios vinculados a las FFAA se acusa a Alfonsín y a la Coordinadora de “marxistas” a causa precisamente de los juicios a los comandantes. Otro ejemplo: en el último año de la CGT, durante el paro del 7 de octubre, participaron gran parte de los activistas del movimiento de derechos humanos. Durante el año una parte de los manifestantes, al pasar delante de la Casa Rosada, gritaban al presidente: “¡Corralón, gorilón, es la casa de Perón!”. Nadie protestó contra semejante agresión a las instituciones. Todos aquellos que en este tema de los derechos humanos ponen en el centro de su crítica a la UCR y a Alfonsín, no deberían preguntarse hasta donde son tal vez parte de una operación de erosión de un sistema democrático aun no instituido cabalmente? También, lamentablemente, se pretenden continuar el justo propósito de abrir nuevos juicios sin al mismo tiempo buscar vínculos positivos con la “sociedad militar”. Se debe partir de la existencia de una “sociedad militar”, compuesta por

hombres de armas, con sus símbolos y sus modos de vida, con sus visiones de la sociedad y del mundo y sus dimensiones culturales propias. Pero en ningún pronunciamiento de los movimientos por los derechos humanos se convoca a que los militares salgan de sus ghettos y se incorporen como tales a la vida social de la ciudadanía. Se trata de hacer efectivo el principio del "ciudadano armado". Pero parecería que se prefiere "no verlos" y que se queden en sus cuarteles y casinos, donde como es lógico, cristaliza la división política y cultural entre civiles y militares. En consecuencia, con esta actitud no se contribuye a modificar el pueblo una primitiva percepción antilitarista. Tampoco se ayuda a la positiva labor desplegada por los componentes del Ce-mida y otras instituciones que agrupan a militares democráticos porque se los condena a ser minoría entre sus pares.

## Composición tema punto final

Emilio de Ipolo

En diciembre pasado el P.E. envió al Congreso, con incoherente urgencia, un proyecto de ley que fijaba un plazo límite para el enjuiciamiento de las personas acusadas de delitos cometidos durante la represión llevada a cabo en el llamado Proceso de Reorganización Nacional. Al cabo de un lapso muy corto, el proyecto se convirtió en ley gracias a la solista premura del Senado y a las curias facilidades que la oposición peronista (en particular, el peronismo renovador) otorgó al oficialismo en Diputados. La ley en cuestión otorga injustificables privilegios jurídicos a los miembros de las Fuerzas Armadas y a todos quienes delinquieron en el marco del terrorismo de Estado y de la guerra durante el pasado régimen, lesiona la independencia del Poder Judicial y, lo que es particularmente penoso, lleva a la conclusión de que el gobierno democrático ha infringido principios que el mismo se había empeñado en defender. Además, lo ha hecho en términos tales que resulta difícil no pensar en una pura y simple "agachada" frente a las presiones del poder militar.

Naturalmente, quienes nos identificamos con una perspectiva democrática y social no podemos sino manifestarnos claramente en contra de esta ley. Pero, en homenaje a esa misma claridad, tampoco podemos limitarnos a expresar nuestro rechazo sin explicitar sus razones. Al fin y al cabo, hay dirigentes políticos que están en desacuerdo con la ley en cuestión por razones muy diferentes a las que, según ellos, el gobierno debió haber decretado lista y llanamente el indulto para esos heroicos hombres de armas que habían destruido el peligro subversivo y abierto así el camino para la democracia de la que hoy gozamos. Lamentablemente, esas razones brillan por su ausencia en el último artículo de Héctor Luis Alfonsín, en el número 3 de *La Ciudad Futura*. La misma carencia, apenas mitigada, creo advertir en la solista, de comillas abundante, suscrita por intelectuales, algunos de ellos vinculados a esta revista (véase este mismo número).

Les señalo con justa razón lo mal que se le hace a la democracia cuando se dice una cosa y se hace otra, sobre todo cuando se omite dar las verdaderas razones de una medida. En el caso del "mal llama-

do", el gobierno habría omitido decir que dicho proyecto de ley "se inscribe mejor en la lógica de la guerra que en la lógica de la moral", puesto que la primera discriminaría entre la ley de cada bando y la segunda no, y, para decir las cosas sin vulturas, "esta medida representaría una demora total de partido a favor de la política adoptada por las fuerzas armadas". El "mal llama" que el proyecto de ley de las afirmaciones, entiendo que la primera puede e incluso merece ser discutida puesto que alude a uno de los aspectos más controvertidos —no sin razón, por lo demás, del proyecto; lo que resulta inexplicable, y en esa medida "indicativo" es el causal salto que inconspicuamente conduce a Leis, de buenas a primeras, a la insólita conclusión de que el gobierno —eso sí, tardíamente— habría hecho suyas las posiciones de los militares respecto de la lucha antiterrorista. Esa opinión me parece injusta, desmedida y sumamente grosera, en primer lugar, en relación con los datos de la realidad. En cambio —y que me perdonen quienes alguna vez fueron víctimas de esta multitud— no me parece una opinión casual. Más abajo alude a este último punto indirectamente.

En su opinión, la solista, tiene una conocida y casi clásica figura: copia y pega párrafos sueltos de dos discursos del presidente Alfonsín, en los cuales habría afirmado o bien prometido hacer u omitir determinadas cosas, para luego —inesperado y contundente *volte-fue* argumentar que esas cosas, dadas que el proyecto de ley por el gobierno debió haberlas decretado, no le salvarían de los propios dichos del presidente.

Para no atrincherarme en fútiles cuestiones de hermenéutica, dejaré de lado el bajo recurso de denunciar el carácter "descontextualizado" de las frases copiadas. El "mal llama" que el gobierno debió haber decretado lista y llanamente el indulto para esos heroicos hombres de armas que habían destruido el peligro subversivo y abierto así el camino para la democracia de la que hoy gozamos. Lamentablemente, esas razones brillan por su ausencia en el último artículo de Héctor Luis Alfonsín, en el número 3 de *La Ciudad Futura*. La misma carencia, apenas mitigada, creo advertir en la solista, de comillas abundante, suscrita por intelectuales, algunos de ellos vinculados a esta revista (véase este mismo número).

Como dijo con el punto final se cierra un estilo de sancionar a los militares y se abre otro donde no importa tanto cuantos militares más se agregarán a los ya encarcelados, como un sostenido esfuerzo por instalar a las fuerzas armadas en la vida democrática. La etapa que termina se prolongará en forma de resistencia a aceptar cualquier forma de amnistía. Pero lo que empieza exigirá que la sociedad política esté en condiciones de ejercer un control real sobre las fuerzas armadas. El congreso aprueba pautas doctrinarias positivas al respecto, pero la estructura de poder que impera en el interior de las FFAA sigue siendo la del gallo negro. Es preciso terminar con una concepción despótica de la disciplina y construir otra que funde una disciplina consiente basada en la combinación entre la exigencia de la línea de mando y el respeto por la integridad moral de sus miembros, en especial los soldados. ¿No deberían preocuparse también por lo que ocurre en el interior de instituciones como el ejército, la iglesia, o la escuela, todos aquellos movimientos que afirman defender los derechos humanos?

Sólo con militares que se sientan "ciudadanos armados" podrá erradicarse la nefasta doctrina de la seguridad nacional porque dejará de tener fundamento alguno el autoritarismo y la seducción por el fascismo que persisten en las fuerzas armadas.

Como dijo un dirigente peronista renovador, "en este país debemos tener la lógica de la guerra que en la lógica de la moral, puesto que la primera discriminaría entre la ley de cada bando y la segunda no, y, para decir las cosas sin vulturas, "esta medida representaría una demora total de partido a favor de la política adoptada por las fuerzas armadas". El "mal llama" que el proyecto de ley de las afirmaciones, entiendo que la primera puede e incluso merece ser discutida puesto que alude a uno de los aspectos más controvertidos —no sin razón, por lo demás, del proyecto; lo que resulta inexplicable, y en esa medida "indicativo" es el causal salto que inconspicuamente conduce a Leis, de buenas a primeras, a la insólita conclusión de que el gobierno —eso sí, tardíamente— habría hecho suyas las posiciones de los militares respecto de la lucha antiterrorista. Esa opinión me parece injusta, desmedida y sumamente grosera, en primer lugar, en relación con los datos de la realidad. En cambio —y que me perdonen quienes alguna vez fueron víctimas de esta multitud— no me parece una opinión casual. Más abajo alude a este último punto indirectamente.

En su opinión, la solista, tiene una conocida y casi clásica figura: copia y pega párrafos sueltos de dos discursos del presidente Alfonsín, en los cuales habría afirmado o bien prometido hacer u omitir determinadas cosas, para luego —inesperado y contundente *volte-fue* argumentar que esas cosas, dadas que el proyecto de ley por el gobierno debió haberlas decretado, no le salvarían de los propios dichos del presidente.

Para no atrincherarme en fútiles cuestiones de hermenéutica, dejaré de lado el bajo recurso de denunciar el carácter "descontextualizado" de las frases copiadas. El "mal llama" que el gobierno debió haber decretado lista y llanamente el indulto para esos heroicos hombres de armas que habían destruido el peligro subversivo y abierto así el camino para la democracia de la que hoy gozamos. Lamentablemente, esas razones brillan por su ausencia en el último artículo de Héctor Luis Alfonsín, en el número 3 de *La Ciudad Futura*. La misma carencia, apenas mitigada, creo advertir en la solista, de comillas abundante, suscrita por intelectuales, algunos de ellos vinculados a esta revista (véase este mismo número).

una acción colectiva del pueblo, y por tanto también de sus militares, que sólo es viable en un régimen democrático y pluralista.

Aquellos que dentro de los que defienden los derechos humanos usan epítetos anacrónicos y excluyentes, y actúan en consecuencia, hacen sino aislarse de este proceso de reflexión política y cultural insoslayable. A su manera reinviden en un error semejante al que cometen aquellos que hace diez años calificaron las elecciones de 1973 como expresión de una "democracia formal" y contrarrevolucionaria, tal vez sin desearlo, a que tres años después volvieran a ocupar el poder los que supuestamente se habían ido para no retornar. Tenemos una democracia política; todo lo imperfecta que se quiera pero democracia al fin. Para que no haya otro punto final que hay luchar por consolidarla y transformarla. Persistir posibilita vencer.

En la tradición peronista renunciar al Partido y también al movimiento es transformarse en un gorila, trarotear el campo popular y nacional y, sobre todo, caer en el liberalismo. Mientras que para el peronismo de derecha el intelectual es un funcionario de la categoría Pueblo (definida desde intereses sectoriales), para el de izquierda es "derivado de la clase social". Así decía Hernández Arregui, agregando que aunque los intelectuales participaran de diversas ideologías, su carácter de miembros de una clase sería el determinante de su accionar.

El intelectual renunciente tiene varias opciones. Puede reconstruir de inmediato un discurso. De tal modo transitaría sin solución de continuidad de una institucionalidad a otra. Evitaría la sangría que provoca la permanencia en espacios políticos no partidarios, culturales, fragmentados, con dudosos lazos con totalidades teóricas y grandes proyectos nacionales. Se salvaría de bordear el espontaneísmo y la ingenuidad y con un esfuerzo de la razón evitaría el desborde de la irracionalidad. Espontaneísmo, ingenuidad e irracionalidad reprimidos por la escolástica partidaria, que expresan los contenidos escindidos-reprimidos por el partido en la doctrina y en la acción política. Atender a esos contenidos obliga a transformar no solamente aspectos tácticos del proyecto político sino a *dejar de una manera diferente el objeto mismo de la política*. Es el único camino para que la ruptura del ideológico con la realidad no se reduzca a un gesto oportunista o a una banal tática de poder. Lo contrario sería repetir la forma de las escisiones tradicionales de la izquierda: como la imagen de las "babuchas", de un viento surge otro perfectamente sustentado para la reproducción de similares.

Otra opción para el intelectual que rompe con el partido es adoptar los discursos de moda. Desde el peronismo puede de uno fácilmente deslizarse hacia posiciones sudoríficas del alfonismo. Mi discurso antiterrorista de los todos y todos, que he incluido la izquierda más antiterrorista que condiciones que dificultan la construcción de discursos diferentes y la generación de propuestas económicas, políticas y sociales alternativas. Proporciona en cambio un mal camino de escape a la izquierda que el intelectual, que liberado del lenguaje reproductivo institucional de su partido, tiene no poder frenar un irremediable proceso de crítica a todo lo orgánico. En esta opción se requiere de la renuncia: *deberá abandonar las fanfarrias de construir nuevos objetos teórico-políticos y tendrá que leer su pasado como una equivocación o una serie de derrotas*. Los fragmentos que no pueda pulverizar de sus antiguas pasiones, las de su genera-

ción, podrán ser conservados a condición de que los articule al discurso hoy hegemónico; tendrá que acabar con los últimos de sus símbolos.

La tercera opción, irreverente hacia los partidos políticos, implica ubicarse en espacios no partidarios a partir de definir la insuficiencia de las propuestas actuales. Pero sobre todo, de valorizar el papel político del trabajo intelectual no partidario, de la participación simultánea en varios lugares ubicados dentro de un espectro de posiciones.

Participar de la política que se desarrolla aún en los bordes vitales del peronismo; intervenir en las discusiones sobre la pertinencia, necesidad y posibilidad de

Renunciar a un partido político implica hacerlo al lenguaje colectivo, seguro y constitutivo de una comovisión. En la tradición marxista, un intelectual que se escinde de su Partido, lo hace de la política manifestando su origen pequeño-burgués; en la concepción gramsciana quedará por verse si ese intelectual seguirá respondiendo a su clase o bien si, perdiendo su connotación política, se reducirá a ser un especialista cultural sin capacidad de dirección.

En la tradición peronista renunciar al Partido y también al movimiento es transformarse en un gorila, trarotear el campo popular y nacional y, sobre todo, caer en el liberalismo. Mientras que para el peronismo de derecha el intelectual es un funcionario de la categoría Pueblo (definida desde intereses sectoriales), para el de izquierda es "derivado de la clase social". Así decía Hernández Arregui, agregando que aunque los intelectuales participaran de diversas ideologías, su carácter de miembros de una clase sería el determinante de su accionar.

El intelectual renunciente tiene varias opciones. Puede reconstruir de inmediato un discurso. De tal modo transitaría sin solución de continuidad de una institucionalidad a otra. Evitaría la sangría que provoca la permanencia en espacios políticos no partidarios, culturales, fragmentados, con dudosos lazos con totalidades teóricas y grandes proyectos nacionales. Se salvaría de bordear el espontaneísmo y la ingenuidad y con un esfuerzo de la razón evitaría el desborde de la irracionalidad. Espontaneísmo, ingenuidad e irracionalidad reprimidos por la escolástica partidaria, que expresan los contenidos escindidos-reprimidos por el partido en la doctrina y en la acción política. Atender a esos contenidos obliga a transformar no solamente aspectos tácticos del proyecto político sino a *dejar de una manera diferente el objeto mismo de la política*. Es el único camino para que la ruptura del ideológico con la realidad no se reduzca a un gesto oportunista o a una banal tática de poder. Lo contrario sería repetir la forma de las escisiones tradicionales de la izquierda: como la imagen de las "babuchas", de un viento surge otro perfectamente sustentado para la reproducción de similares.

Otra opción para el intelectual que rompe con el partido es adoptar los discursos de moda. Desde el peronismo puede de uno fácilmente deslizarse hacia posiciones sudoríficas del alfonismo. Mi discurso antiterrorista de los todos y todos, que he incluido la izquierda más antiterrorista que condiciones que dificultan la construcción de discursos diferentes y la generación de propuestas económicas, políticas y sociales alternativas. Proporciona en cambio un mal camino de escape a la izquierda que el intelectual, que liberado del lenguaje reproductivo institucional de su partido, tiene no poder frenar un irremediable proceso de crítica a todo lo orgánico. En esta opción se requiere de la renuncia: *deberá abandonar las fanfarrias de construir nuevos objetos teórico-políticos y tendrá que leer su pasado como una equivocación o una serie de derrotas*. Los fragmentos que no pueda pulverizar de sus antiguas pasiones, las de su genera-

### Educación y política

# Partidos, intelectuales y pedagogos

Adriana Puiggrós

En política, pero también en pedagogía, por ejemplo, cuando un intelectual rompe con el partido, surge la necesidad de cuestionar su pasado y de adecuarse a espacios no partidarios en búsqueda de una nueva identidad.

Para un pedagogo, dice Puiggrós, no se trata de advertir ni de persuadir sino de criticar, de denunciar, de imaginar.

En la tradición peronista renunciar al Partido y también al movimiento es transformarse en un gorila, trarotear el campo popular y nacional y, sobre todo, caer en el liberalismo. Mientras que para el peronismo de derecha el intelectual es un funcionario de la categoría Pueblo (definida desde intereses sectoriales), para el de izquierda es "derivado de la clase social". Así decía Hernández Arregui, agregando que aunque los intelectuales participaran de diversas ideologías, su carácter de miembros de una clase sería el determinante de su accionar.

El intelectual renunciente tiene varias opciones. Puede reconstruir de inmediato un discurso. De tal modo transitaría sin solución de continuidad de una institucionalidad a otra. Evitaría la sangría que provoca la permanencia en espacios políticos no partidarios, culturales, fragmentados, con dudosos lazos con totalidades teóricas y grandes proyectos nacionales. Se salvaría de bordear el espontaneísmo y la ingenuidad y con un esfuerzo de la razón evitaría el desborde de la irracionalidad. Espontaneísmo, ingenuidad e irracionalidad reprimidos por la escolástica partidaria, que expresan los contenidos escindidos-reprimidos por el partido en la doctrina y en la acción política. Atender a esos contenidos obliga a transformar no solamente aspectos tácticos del proyecto político sino a *dejar de una manera diferente el objeto mismo de la política*. Es el único camino para que la ruptura del ideológico con la realidad no se reduzca a un gesto oportunista o a una banal tática de poder. Lo contrario sería repetir la forma de las escisiones tradicionales de la izquierda: como la imagen de las "babuchas", de un viento surge otro perfectamente sustentado para la reproducción de similares.

Otra opción para el intelectual que rompe con el partido es adoptar los discursos de moda. Desde el peronismo puede de uno fácilmente deslizarse hacia posiciones sudoríficas del alfonismo. Mi discurso antiterrorista de los todos y todos, que he incluido la izquierda más antiterrorista que condiciones que dificultan la construcción de discursos diferentes y la generación de propuestas económicas, políticas y sociales alternativas. Proporciona en cambio un mal camino de escape a la izquierda que el intelectual, que liberado del lenguaje reproductivo institucional de su partido, tiene no poder frenar un irremediable proceso de crítica a todo lo orgánico. En esta opción se requiere de la renuncia: *deberá abandonar las fanfarrias de construir nuevos objetos teórico-políticos y tendrá que leer su pasado como una equivocación o una serie de derrotas*. Los fragmentos que no pueda pulverizar de sus antiguas pasiones, las de su genera-

algún socialismo (y entonces de qué socialismo); participar en debates de la izquierda tradicional para, al menos, interferir la obra de la represión; abandonar a la evolución de ciertos sectores radicales que conservan la fibra irguenista; negarse a colaborar en las publicaciones de la nueva derecha latinoamericana (aunque no al placer de su lectura), todo ello, debe ser caracterizado como "dilematismo, descompromiso y reformismo alfonista" por quienes aún conciben el poder como un espacio que se ocupa.

Por el contrario, si el poder se supone como una construcción íntimamente asociada a la transformación de la cultura política instituida, el espacio que define

### Solicitada

## Sobre el "Punto final"

\*Porque sabemos que "la integridad de la presión en el procesamiento de las justas sociedad requiere la vigencia de un mínimo de ética civil compartida".

\*Porque "aspiramos a que la democracia sea también una forma de vida".

\*Porque entendemos que "una distribución igualitaria de la libertad" es "el núcleo de una ética de la solidaridad";

\*Porque estamos en contra de quienes se "han acostumbrado a creer que los militares tienen una naturaleza apartada";

\*Porque no dudamos que es necesario "depurar la cultura militar de todos los componentes ideológicos que en el pasado estimularon la conversión de las Fuerzas Armadas en tutores políticos de la Nación";

\*Porque tampoco creemos "en los puntos fijos establecidos por decreto" ni que "se cierren capítulos de la historia por la voluntad exclusiva de un dirigente";

\*Porque reconocemos la necesidad de, en contra salidas políticas que den sólidas bases institucionales a la integración nacional y estamos convencidos que esas vidas deben ser el producto de un amplio consenso político y social";

\*Porque coincidimos con la declaración de los miembros de la CONADEP cuando señalan que este "punto final" quiebra la continuidad de una política que tuvo ex-

adquiere legitimidad. Desde él se podrá aportar a la creación-construcción de nuevas formas orgánicas, a la transformación de las existentes y a la articulación de varias de ellas. Pero, sobre todo, se comenzará a defender la existencia de espacios para la crítica y la creación donde se desarrollen procesos político-pedagógicos "dialogales".

### Los espacios políticos-pedagógicos

Algún pragmatismo, alguna idea eficiente de la cultura y la política, impulsó siempre a la izquierda y al peronismo a combatir a los intelectuales y preferir al tipo clásico de pedagogos. Los espacios político-pedagógicos donde se refinan los intelectuales en la Argentina han sido tradicionalmente diseñados para la transmisión de la doctrina, la estrategia o la táctica. Funcionan simultáneamente como reproductores partidarios y reproductores de la producción de enunciados disidentes e orgánicos.

Aun coincidiendo escasamente con las opciones partidarias actuales es posible afirmar que las pedagogías partidarias tienen legitimidad, a condición de que no pretendan abarcar la totalidad de las opciones político-pedagógicas. Esta afirmación, naturalmente, va contra la idea de partido aún vigente y resulta un contrasentido. Pero contradice ese tipo de significaciones es precisamente función de aquella "irracionalidad" antes mencionada. Sirve para profundizar la fissura entre la cultura política cuyos presupuestos hace rato que están herrumbrosos.

Para el pensamiento marxista más avanzado, el intelectual es un militante y un pedagogo. Así lo planteó Gramsci. Para el pensamiento peronista, el intelectual es un especialista en adiestramiento; también un militante-pedagogo. Así lo planteó Perón. Renunciar a la organización partidaria, es para los pedagogos una experiencia singular que atenta contra su identidad. Para confirmarlo, basta con revisar la cronología de la república sobre educación popular que se publica en América Latina. La mayoría de los autores reclaman que se sustituya la idea freutiana de concientización por la de politización o bien que se la defina como adquisición de una conciencia de clase, mediante el aprendizaje de la doctrina marxista. Con nuevas metodologías, con respecto por las culturas populares, pero adiestramiento al fin.

Un pedagogo sin doctrina parece otro contrasentido. Lejos desde el psicoanálisis la pedagogía está ligada a la represión. Leída desde un marxismo sin fisuras y desde los socialismos reales, a la reproducción de lo instituido. Desde el ángulo de la escuela, la pedagogía no admite contradicciones. Tampoco desde la organización partidaria y sus necesidades de reproducción. El positivismo argentino (de derecha y de izquierda) devaluó la idea durkheimiana de la educación como "acción reparadora ininterrumpida del todo social" para convertirla en un mecanismo homogeneizante y reproductivo. El pedagogo, lugar de intelectual webotario, el pedagogo de las clases, o del intelectual marxista, expresión exclusiva de la clase, se configuró como un administrador de rituales, en las escuelas, en los partidos



## Lozadur: una respuesta nueva de larga data

Javier Franzé

relación con el aparato estatal, al que no se le busca como instrumento de liberación y protección, sino como el aliado de intervenciones. Por el contrario, se exige desde lo privado con sentido de independencia, acentuando así los caracteres participativos (haciéndose cargo del conflicto) y autogestionarios. En esta línea, el movimiento apareció el "tío" característico de desplazar lo que es responsabilidad de la patronal en una pugna obrero-empresarial hacia la órbita estatal, como en ocasión del caso *Trabajo Argentino* o Ford. Tal vez, lo que se esperaba era que al no encontrarlo en esta clase política, si siquiera en el ámbito de cierta izquierda, temerosa de enfrentarse a los "empresarios nacionales" (entre quienes a menudo busca sus aliados) pero siempre dispuesta a recurrir al aparato del Estado, el movimiento estatal, sobre todo cuando está en manos del adversario político. Inserta en esta misma línea, la CGT tampoco apoyó este ensayo de Lozandar. Enfascada en el reclamo de aumento nominal del salario y en la búsqueda de una mayor capacitación para representar los intereses de los trabajadores en estos tiempos de crisis, donde la capacidad imaginativa puede más que las medicaciones eclesiásticas. Lo imaginativo debería orientarse a la búsqueda de la posibilidad de impulsar una participación más directa e indirecto, participación en la gestión administrativa para discutir ritmo de trabajo, implementación de nuevas tecnologías, generación de empleo, etc. Se trata en definitiva de lo referido al universo de los trabajadores y no al de los sectores de trabajo. Cuando la economía disminuye claramente los límites del distributismo, la CGT se ve imposibilitada de formular otro discurso con reivindicaciones políticas, económicas y sociales. Los ideólogos que la sustentan no conciben la idea de la "democracia económica", puesta en práctica hoy, en pleno ajuste económico, en Lozandar. La participación que implica un régimen de democracia directa en la estructura organizativa de la CGT, basada en ciertas formas de verticalismo y en el "plebiscito californiano". En ese sentido la Augusta autogestionaria apoyada por el sindicato ceramista ha demostrado estar en mejores condiciones para abordar y superar las dificultades de la condición obrera cotidiana.

Finalmente, la experiencia Lozandar demuestra que la participación no puede ser catalogada a priori como táctica integradora, como instrumento gartapartista. Es tanto exista la posibilidad de dotarla de una estructura organizativa que le aporte a la cultura política y a la democracia como sistema la extensión de espacios para la actuación del ciudadano en ámbitos antes interdichos, reduciendo el hiato entre representantes y representados. En consecuencia, la participación con la democratización del estado, con la posibilidad de restarle al aparato estatal cuestiones que hacen a la vida de la sociedad civil, que la definen como tal. Una sociedad civil más acostumbrada a hacer y a tomar decisiones, a asumir los arrancados privilegios que a asumir su rol de protagonista. Este ensayo autogestionario llevado a cabo en Lozandar puede ser tomado como muestra de la potencialidad que encierra la democracia (aunque en forma limitada) para impulsar cambios en dirección hacia formas directas e igualitarias de organización.



pectiva de resolución de sus problemas en el corto, mediano y largo plazo. En este sentido no hay una "vuelta pragmática" a una visión socialista, sino más bien un abandono de la postura ideológica y consecuente de lo que pensamos son esas demandas.

Sin embargo nos gustaría insistir sobre un problema cuya gravedad aparece nítida en los momentos de transición democrática. El problema de la crisis económica. Ustedes hablan de un "plan nacional de desarrollo" basado en la expansión industrial y el crecimiento de la productividad. Pero en los tiempos presentes las reconversiones industriales parecen inciertas para países hundidos en una deuda externa asfixiante y frente a un mercado mundial que cambia de signo. Regular la crisis pareciera implicar inexorablemente una política monetarista contraria a los supuestos implícitos en un plan nacional de desarrollo. Una política de gobierno "derechista" las propuestas socialistas, si pretendieran estas hacerse cargo de los problemas del estado. En tal caso, en una sociedad como la chilena, que ha vivido momentos altos de proyectos de transformación, ¿no habría un espacio considerable para una política de ruptura violenta, para una política, como dicen algunos, no de gestión, sino de salida de la crisis? ¿Cómo ven este problema en general, y en particular en la relación con el Partido Comunista?

HVS: Me parece que las modificaciones producidas en el PC son de todo orden. Hay una recomposición de su base social, un cambio de su esfera de influencia, de su manera de ver los problemas de la sociedad, de sus posturas ideológicas. Todo esto lo divorcia de tal manera de lo que es el Chile real, que el riesgo de una política de izquierda que jaque lo que nosotros representamos lo veo como un riesgo menor. Hay una gran especulación, por ejemplo, sobre el tipo de influencia que el PC tiene en los sectores marginales. Y digo una gran especulación porque creo que si bien los comunistas están construyendo toda una política que se funda en tales sectores y no en la clase obrera tradicional, en la realidad su política es esencialmente expresiva de las inquietudes de esa misma base. Actualmente nuestros marginados, nuestras callampas son, si se permite el término, "modernas". Las inquietudes básicas de sus pobladores están referidas a reivindicaciones que tienen que ver con la modernización y que no suponen necesariamente cambios bruscos. Hoy en día los activos de las poblaciones se los están disputando los comunistas, por un lado, pero por el otro la UDI, que es una organización de extrema derecha que actúa bajo el amparo del gobierno y desarrollando ciertas políticas sociales que penetran fuertemente en un terreno fértil para ellas. No creo, por lo tanto, que la política del PC esté en condiciones de conquistar efectivamente a estos sectores, ni creo tampoco que pueda movilizar a sectores tradicionales de la clase obrera hoy en crisis. Las experiencias que se están dando en este último período en torno a las elecciones sindicales, con alguna excepción y por razones muy especiales en Chuquibambilla (mineros), son muy devastadoras para el tipo de proyecto que representa el PC. Por ejemplo, en la zona del carbón, donde históricamente el PC fue una fuerza decisiva (más del 90 % de los votos). Hoy ha sido desplazado por fuerzas sindicales amparadas y estimuladas por el gobierno, por un lado, y por el otro con buena presencia de la Democracia cristiana y una no tan mala de nosotros. En la usina de Huachipato (siderurgia) se ha producido un fenómeno no muy distinto. Evidentemente estos procesos se dieron bajo el amparo de la dictadura, pero reflejan de

algún modo la atmósfera reinante.

Se puede afirmar entonces que aún en los sectores obreros donde tradicionalmente la gravitación del PC fue considerable, como el caso de los mineros del carbón, hoy están produciéndose cambios. ¿Y en los demás sectores?

HVS: Es en el plano universitario donde las posiciones sustentadas por el PC se han expresado con mayor espectacularidad, digamos, en sus resultados...

RN: ...pero aun así ha perdido gran parte de su caudal...

Lo que significa que en todos aquellos lugares donde legal o semilegalmente hubo maneras de medir el consenso, fueron estas elecciones sindicales o estudiantiles, lo que se observa es una modificación de los comportamientos tradicionales. ¿Cómo analizan ustedes las elecciones estudiantiles?

RN: Yo tengo la impresión de que se ha mantenido una cierta cuota de influencia de los sectores tradicionalmente de derecha, que hubo una interesante permanencia de una orientación vinculada al centro, fundamentalmente expresada por los demócratas, y hubo una recomposición de las adhesiones en la izquierda netamente favorable a los socialistas en sus diversos matices. Si analizamos todas estas elecciones de las que hablamos observamos que la adhesión que conquista el socialismo no se da solamente en detrimento del PC como tal, sino más bien en función de nuevas expresiones que tradicionalmente no estaban junto al socialismo. Por ejemplo, en sectores medios pauperizados, en sectores de la clase trabajadora que han cambiado su nivel de conciencia y modificado sus visiones del mundo, este socialismo va captando una adhesión significativa que antes no logró, básicamente porque en el mundo estudiantil la relación entre socialismo y comunismo siempre fue favorable al PC.

¿Cuál es el clima del debate con las demás fuerzas de izquierda. Por una parte con el PC y sus aliados, por la otra, con el Partido radical u otras fuerzas del arco socialista?

RN: Dentro de lo que se llama el mundo o área socialista —que incluye a varias expresiones políticas que van desde el PR hasta un socialismo de matriz cristiana— el debate ha sido muy intenso. Desde la creación, siete años atrás, de lo que se denominó la Convergencia socialista este debate no ha dejado de mantenerse y de manera muy productiva. La vinculación con el resto de la izquierda, y fundamentalmente con aquella vinculada con la lógica comunista ha sido en general traumática. En realidad hablamos desde distintos niveles de abstracción, para decirlo de alguna manera. Porque mientras la lógica comunista está vinculada a términos, conceptos, palabras, mundos simbólicos en gran parte hoy cuestionables, nuestra visión pretende arrancar desde una visión ideal y política más comprensiva de la realidad; el debate ha sido por esto extraordinariamente complicado. Veamos el ejemplo de la unidad planteado por ellos y comparado por nosotros. Desde la perspectiva del PC se concibe esa uni-

dad como unidad en torno a "lo mío", a "mis ideas" o a "mis planteamientos". Tanto es así que al grito de "unidad" en los sectores políticos vinculados al PC es normal que se difundían como consignas las amenazas sobre las consecuencias de la toma del poder por los obreros. Resulta difícil que tu puedas conseguir la unidad cuando lo que ofreces es que un determinado sector sea quien determina el tipo y curso de la "unidad" que estás propiciando. Nosotros hemos sido más consecuentes en el sentido de que aceptamos el tipo de compromisos y de concesiones que permiten arribar a esta unidad como un hecho político y no como una consigna ilusoria. Este debate entre la izquierda socialista y la izquierda comunista dejó de ser traumático, a mi juicio, cuando tengamos posibilidad cierta de competir en los mismos niveles simbólicos, conceptuales, ideales y programáticos, como ocurre hoy con la dictadura en frente.

Es posible que la renovación socialista sea también el resultado de un cambio notable de su núcleo dirigente, cambio que, a su vez correspondió al cambio que presenta como novedad —con respecto al pasado y no a lo que está ocurriendo en muchas otras partes de América Latina— la incorporación de intelectuales que se ubican políticamente como políticos, pero en condiciones de recoger lo que la sociedad estaba discutiendo. Nos parece, entonces, que en el caso del socialismo chileno lo que se está dando es una refundación política que encuentra un núcleo intelectual capaz de encarar la compleja tarea de recomponer una tradición incorporando los elementos de novedad o antes no reconocidos de la sociedad. ¿Cuál es vuestra opinión al respecto?

RN: Lo interesante es precisamente este último hecho que ustedes no anotan. La constitución de algo así como un núcleo de intelectuales "orgánicos" con capacidad de rescatar y renovar, con una notable predisposición a encarar una dialéctica de rescate-renovación que ha sido central en nuestra experiencia. Porque no partimos de la nada; no es verdad que este proceso de renovación se da solamente después de 1973. Desde ese momento adquiere perspectivas y dimensiones distintas, pero siempre estuvo presente en el interior del PS un movimiento de renovación permanente, para decirlo de alguna manera. No es casual que Eugenio González, por ejemplo, haya planteado en la fundamentación política-ideológica del programa del PS en 1947 muchas de las temáticas y problemáticas hoy planteadas en el movimiento socialista internacional, como el tema de la hegemonía. En Chile no se conocía a Gramsci, pero Eugenio González tenía cierta aptitud para interpretar en esa dirección...

...porque tal vez concebía al PS más como un partido popular que como un partido estrictamente de clase...

RN: ...los problemas que planteaban la defensa de los intereses populares. Los pensaba en el sentido más amplio del término, con una visión mucho más abarcativa del concepto de clase trabajadora, con ellos y comparados por nosotros. Desde una perspectiva más clara de los procesos de transformación que debían producirse

se en la sociedad para arribar a estadios de desarrollo socialistas, etc. El nudo problemático que esta nueva intelectualidad orgánica del partido debe contribuir a destatar es el siguiente: ¿somos o no capaces de representar sectores amplios de la sociedad chilena? La experiencia está demostrando que sí a pesar de todas las dificultades. En segundo término, ¿se trata de tirar el agua de la bañera con la guagua incluida? Lo que nosotros estamos intentando es botar el agua sucia pero reteniendo la guagua, porque entendemos que la identidad no puede perderse, pero sí es fundamental que todo aquello que pudrió la identidad y que no contribuyó eficazmente a permitir el avance del socialismo se renueve.

Ya en el plano de esta nueva convergencia que representa el área socialista, sería interesante saber qué reglas de convivencia y de confrontación se dan entre marxistas, socialistas no marxistas y cristianos de izquierda. ¿Cómo se ve este problema en una perspectiva política práctica?

HVS: Donde se da un espacio natural de convivencia entre estas expresiones es en nuestro partido. En nuestra dirección política, por ejemplo, hay marxistas, no marxistas y católicos. Sin embargo, esta capacidad interna de convivencia no la alcanza a ver externamente, donde hay formaciones políticas de origen cristiano que más que marxizarse se fueron progresivamente leninizando. Entonces el debate entre marxistas y cristianos no lo veo representado orgánicamente, los marxistas en esta formación, los cristianos en aquella otra. Más bien veo a los cristianos, a los católicos, en su gran mayoría absolutamente fuera de estas formaciones políticas que en algún momento los representaron.

RN: Concuerdo con ustedes que estamos viviendo una experiencia extremadamente interesante y alentadora. Después de las incorporaciones que hemos tenido, por ejemplo con el MAPU obrero campesino ahora dentro de la Convergencia socialista, de sectores de la juventud universitaria vinculados al proceso de formación del Bloque socialista, de sectores sindicales que vienen de una experiencia gremial similar, se está formando una suerte de crisol de experiencias. Pero todo depende bastante de nuestra capacidad de proyectar y profundizar las propuestas de transformación.

En esta situación, ¿cómo se plantean el problema del partido, de sus modos de funcionamiento y de sus criterios organizativos en un momento de crisis de un modelo partidario clásico? ¿Discuten el asunto?

HVS: Si claro, está esbozado, dicho pero no aún recogido en un debate organizado. Pero está además acompañado de una práctica política que ayuda mucho. Y el hecho de que un miembro de la comisión política del partido y varios miembros integrantes de su dirección sean católicos contribuye mucho al debate, aunque, a su vez, también lo vuelve contradictorio respecto de los problemas que a veces se plantean en una base todavía adherida a viejas tradiciones.

En la medida en que seguimos siendo un partido-programa la cuestión ideológica se sigue planteando, pero tratamos de partir no tanto de abstracciones como de propuestas políticas concretas. A lo mejor, quizás a tientas, le hemos acertado a esto de no fincar el debate teórico en tales aspectos, sino más bien en tratar de privilegiar aquello que la propia acción permite conocer y transformar de la realidad.

# La Ciudad Futura

Suplemento/3

## La Argentina de los años 30 Momentos y figuras de la crisis



A los años treinta deberemos volver, tal vez más de una vez, porque fue la década en la que se generó la Argentina moderna, pero también porque lo que allí comenzó a nacer hoy felizmente feneció.

La preocupación por los "años de la crisis" hizo que un grupo de exiliados socialistas y peronistas que diera vida en México a la revista *Controversia*, publicara en su número 2/3 (diciembre de 1979) un suplemento especial dedicado a su reexamen. Sin afán de exclusividad y sin prejuicios en la determinación de los temas recogemos hoy algunos de los trabajos allí incluidos y agregamos otros para reiniciar, en las nuevas condiciones de un país que ha recuperado el estado de derecho y pretende construir una democracia social avanzada, una labor a la que privilegiaremos como política y cultural al mismo tiempo. A los trabajos aquí publicados les seguirán otros que no pudieron ser incorporados en este número, o que aún deben ser escritos.



# Transformación social y crisis de la política

Juan Carlos Portantiero

La sociedad argentina se transforma aceleradamente en los años 30. Pero el estado liberal y los actores se mostrarán incapaces de darle una adecuada resolución política.

Desde el momento en que un periodista nacionalista los bautizó así, los años que nacieron con el deterioro de Grigoyen han quedado fijados en la política argentina como la *década infame*. Pero el epíteto limita, con el juicio moral descalificante, la posibilidad de analizar racionalmente uno de los momentos más complejos de la historia nacional. La Argentina moderna nace en la crisis del 30. En esos años se definen las características fundamentales del crecimiento industrial, se estructuran los mecanismos para la intervención del estado sobre el mercado, crece impetuosamente la clase obrera industrial.

La opción elegida en la Argentina no difiere demasiado de la adoptada por otros países de parecido nivel de desarrollo, en los que se lanzará un proceso de modernización que los economistas han consagrado como de "industrialización sustitutiva de importaciones".

La particularidad del caso argentino consiste en que esos cambios se realizaron bajo la dirección de la misma élite que había conducido la integración del país al modo de crecimiento del capitalismo mundial característico de la etapa anterior.

Hacendados poderosos, viejos caudillos urbanos o rurales, abogados, profesores de la universidad anterior a la Reforma, representantes de compañías extranjeras, venales componentes de una judicatura decadente, claudia y de un parlamento cada vez menos representativo, constituirán los cuadros de una clase política *decadente*, incapaz de asumir la novedad de las tareas que la situación plantea. Contribuirá al deterioro de Grigoyen y a su "chusma" radical había sido tarea simple: reconstruir el capitalismo en un momento de crisis mundial desbordada a esa caduca aristocracia criolla.

En la mañana del cuatro de junio de 1943 la convención del Partido Demócrata Nacional debía iniciar las sesiones en las que sería proclamada la fórmula presidencial integrada por Roberto Frías, Patrón Costa, conservador salteño, y Manuel de Iriondo, "antipersonalista" santafesino. En medio del desdoblamiento general, nadie dudaba que ambos prohombres del régimen ocurrían a partir de 1944 las primeras magistraturas de la república: el "fraude patriótico" garantizaba los resultados.

Pero la convención jamás pudo reunirse. A la misma hora de su convocatoria las tropas marchaban desde Campo de Mayo hasta la Casa Rosada, reemplazando el itinerario que habían inaugurado en 1930. Un heterogéneo golpe militar acababa de estallar y de él habían surgido tropas zigzaguesas e idas y vueltas, una nueva edad en la historia argentina que se repartiría a personajes valedurianos como Patrón Costa y como Iriondo pero también a las estructuras sobre las que se sostenían.

La crisis que precipitó el golpe militar de 1943 se dio en el interior de un sistema político incapaz de gobernar—salvo a través de la violencia y de la corrupción—a una sociedad que se estaba transformando.

Entre 1862 y 1930 la burguesía argentina había intentado la aventura exitosa de fundar en el desierto un estado liberal: fueron 62 años de estabilidad institucional entre los diez primeros países del mundo. En 1916 el conservadurismo, que con Roque Sáenz Peña había consumado una experiencia transformista de aplicación del liberalismo burgués, pierde la presidencia y se inicia el ciclo radical, que

abrirá la participación en el sistema político, pero que agotará sus metas en esa redistribución, sin preparar al país para el inevitable fin de una era cuyo alicio, para el capitalismo mundial, había sido la primera guerra.

El ingreso de Argentina a la crisis mundial concluirá esa fase de la historia. La caída de Grigoyen habrá de marcar el comienzo del fin del estado liberal. Desde el 6 de septiembre reaparecerán todos los fantasmas de un tiempo que se creyó muerto en 1916: el viejo conservadurismo intentará la reconstrucción de la República oligárquica, después de los frustrados devanos corporativistas de Urburu. En ese proyecto, el general Justo tratará de ocupar el lugar fundador que había tenido Rosa, y repitiendo el ciclo hasta en el detalle, Ortiz buscará ser Sáenz Peña.

Todo esto en un lapso mucho más breve. En 1945, un segundo gran movimiento popular, pero cuya base ya no será la libreta de enrolamiento sino el carnet sindical, cerrará este intento de restauración.

Pero esta última palabra no define bien lo que pasó en la década. La década del treinta puede ser calificada meramente como una "década de rigor y de control de los conservadores", la Argentina burguesa se reorganizó para adecuarse a las nuevas condiciones que generaba la gran depresión. En muchos de sus rasgos la Argentina continuó siendo el mismo que los restos de las transformaciones puestas en marcha en esos años.

Estas eran particularmente claras en el nivel de las relaciones entre estado y ciudad, esto es, en la forma de gobierno político de la economía. Con el ascenso de Justo a la presidencia, en 1932, la *fracción* más poderosa de la burguesía agraria tomará las riendas del estado. En mayo de 1933 el Imperio Británico y la Argentina suscribirán el Pacto Roca-Runciman, que aseguraba a esa fracción "los ganaderos invernadores" la cuota de exportación de carnes al mercado inglés en los próximos años al estallido de la crisis, mientras desamparaba al resto de los productores agrarios, consolidando así una división profunda en el sector rural que estaba en el núcleo de las contradicciones políticas de la década. Ni la actitud en el Senado de Lisandro de la Torre, ni buena parte de la oposición mantenida por el radicalismo durante el período, podrían ser explicadas sin recurrir a esta base material de fragmentación objetiva de intereses en el frente agrario.

A partir de esa consolidación de sus metas económicas, la fracción de los hacendados "invernadores" será capaz de conducir un proceso de reconversión del que surgirá la expansión de un sector industrial moderno y de un nuevo proletariado.

El instrumento para obtener esa transformación será el estado que desde 1933—momento de instalación de Federico Pinedo en el ministerio de Hacienda—comenzó a intervenir sobre el mercado abandonando la ortodoxia liberal clásica. El equipo tecnocrático que rodea a Pinedo—señaladamente el joven Raúl Perón—cuando se halla en todas las instancias y en la literatura oficial que pre-

son explicadas—comenzará a aplicar un keynesianismo *avant la lettre*, tratando de ajustar los proyectos locales de crecimiento a la opción proteccionista que los países imperialistas acomodaban sin salida de la gran crisis.

En 1940—otra vez ministro—Pinedo resumía así el sentido de esa política: "No creemos que sea posible ni conveniente cambiar las bases económicas del país (...). No pensamos llegar a una industrialización total, masiva, del país (...). La vida económica del país gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exportador. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa rueda maestra, pero estamos en condiciones de ayudar al lado de ese movimiento, algunas ruedas menores que permitan cierta circulación de la riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel del pueblo a cierta altura".

Carlos Díaz Alejandro en sus *Ensayos sobre la crisis de la Argentina* consigna algunos datos que ilustran acerca de esa transformación: el valor agregado por la manufactura argentina se expandió un 62,4 entre 1932 y 1937, el PIB en esa misma fecha creció un 33,5 por ciento, el de 1932 y un 33,5 más alto que el de 1932.

Pero esta reorganización del capitalismo, expresada por una política económica que por primera vez colocaba a la industria en el centro de la actividad del sistema, superando el dilema entre proteccionismo y librecomercio que había dividido antes de la crisis a agrarios e industriales, y que reconocía el cuadro de las alanzas de clase al marginar a un sector rural mientras favorecía la emergencia de una coalición entre grandes industriales, compañías financieras y hacendados poderosos, se sostenía políticamente sobre un debile esquema de violencia y corrupción.

Entre 1932 y 1938 Justo creó el pacto entre conservadores y radicales antipersonalistas (con la presencia subordinada de socialistas y demócratas progresistas que aprovecharon la alijación del radicalismo) alcanza para dar barniz parlamentario a un sistema político que vive en realidad del sostén que le da el apoyo de los grupos organizados del poder económico. Pero ese modelo era insosteniblemente frágil porque no podía sostenerse sino sobre la base del fraude electoral y la represión de toda manifestación de protesta social.

Cuando a partir de 1935 el sistema productivo se recupera de la crisis y los datos sociales, políticos y culturales de la Argentina comienzan a mostrar la magnitud de los cambios con respecto a la década anterior, la legitimidad de ese poder conservador montado sobre la corrupción política comienza a desmoronarse. El proceso será rápido: la decadencia de la élite política mostrará el rostro de su incapacidad para intervenir sobre el mercado de clase de quienes gobernaban la economía. Pero esta contradicción era inevitable, aunque algunos azarosos habrán de precipitarla. Hacia el final de la década el sistema busca generar un nuevo

Sáenz Peña que lo saque de ese marasmo crítico incapaz de articular un modelo de desarrollo económico con el modelo de hegemonía. Ese será el momento de lugar—de la operación transformista que intenta llevar a cabo Ortiz, el sucesor, también fraudulentamente, de Justo. Hace poco un libro de Félix Haizel, *que repite a la Argentina opulenta* vino a rescatar el enorme interés histórico del breve paso—poco más de dos años—de Ortiz por la presidencia.

A partir de 1935 varios elementos de la realidad política tenderán a modificar el cuadro de situación. Por un lado, el radicalismo iría abandonando su posición abstencionista, por el otro, el movimiento obrero y dentro de él el Partido comunista comenzarán un proceso de ascenso sostenido de sus luchas, tras la recuperación posterior a la crisis. Es el momento, además, en que poderosos factores internacionales comenzarán a operar: ideológicamente, primero a raíz de la guerra civil española y luego por la expansión nazi en Europa, el tema de la desmocratización del capitalismo comenzará a distinguirse a las fuerzas políticas locales hasta transformarse en un gravitante elemento de convocatoria interna. Esta división cortará a las fuerzas políticas pero sobre todo desde 1940 también al ejército hasta entonces baluarte inmovilizado de la voluntad de Justo.

De este panorama, mucho más complejo aún (al que debe sumarse la intensificación de las fricciones interperalistas en relación con la Argentina) tratará de hacerse cargo Ortiz, quien advierte que si el funcionamiento del sistema político no cambia, si no se amplía la base del pacto estatal, la situación se tornará ingobernable a corto plazo.

Su proyecto no es de ningún modo democrático, postula una transformación desde arriba, como en 1916, pero capaz de hacer más fluida la relación entre estado y sociedad, dotando al primero de una mayor capacidad de absorción con respecto a las fuerzas exportadoras. En un acuerdo político que el propio Ortiz había surgido.

Es sabido que una clase social sostiene su dominación sobre la pura violencia cuando "satura" su posibilidad de incorporar fuerzas nuevas y pierde capacidad expansiva; la resultante de esa situación es un semi-estado que no alcanza para consolidar una dirección estable sobre la sociedad. Este agotamiento del impulso estatal de una clase tiene siempre como motivación inmediata a causas políticas y no metafísicamente económicas sea el caso de la monarquía absoluta o la autonomía de las clases subalternas, sea la imposibilidad de una élite para construir un modelo de hegemonía que implique el sacrificio de intereses estatales.

El diagnóstico que hace Ortiz es el segundo: la "Concordancia", el pacto político entre conservadores y radicales "antipersonalistas", no alcanza ya para contener la necesidad de representación de las fuerzas sociales emergentes, es insustentablemente ilegítimo y proyecta su ilegitimidad sobre el conjunto del sistema. La recta es, a partir de ahí, clara: la "vieja política" deberá reemplazarse, dada su incapacidad para desahogar de intereses corporativos que ponen en cuestión la expansividad del sistema y tienden a disgregarlo.

Su proyecto—que comienza a implementarse mediante la anulación de dos elecciones fraudulentas en San Juan y Catamarca y que culminará con el envío de la intervención—se propone, a las mismas razones, a la provincia de Buenos Aires, principal de los feudos conservadores—, en primer término, desmantelar los núcleos fundamentales de la corrupción política sostenidos sobre el "fraude pa-

trótico". En segundo lugar, se lanza a una intensa política de captación de los radicales—sus ex correligionarios—liderados por Alvear, de quien había sido ministro, para tratar de fundar un pacto estatal sobre nuevas bases. El éxito parece acompañarlo y nolo en su acercamiento con los radicales sino también con los socialistas (proyecta ofrecerles una cartera en su gabinete) y aun con el movimiento obrero, que se recupera después de 1935, con el que empieza a tener, a través de emisarios, algunas conversaciones, y con el partido comunista, también en pleno crecimiento de sus fuerzas, que comienza públicamente a Ortiz como una garantía para la normalización constitucional.

Las repercusiones locales del enfrentamiento internacional entre el Eje y los Aliados favorecen esta operación transformista. El general Justo—que en el último período de su gobierno había transferido el gobierno a Ortiz en el sobredimensionado que éste le devolvería el cetro en 1944—se ha convertido en vocero de la causa anti-eje y de algaría y de guerra, lo que le gana renuencia con Alvear que en el radicalismo ha tomado activamente la misma posición. Justo, como reconocido líder del ejército, Alvear como principal figura de la oposición y Ortiz, que el poder que le otorgaba el control del gobierno, tendrían que ser los puntales de ese proyecto de reorganización política que se proponía articular, al modelo de desarrollo formu-

lado por Pinedo y su incipiente tecnocracia representada por Prebisch, un modelo de hegemonía.

Pero Ortiz deberá, a mediados de 1940, por razones de enfermedad, delegar el mando en su vicepresidente, el conservador Castillo. El camino comienza a ser desandado "a partir de una revisión puntual de todos los pasos emprendidos, que a incompleto en la Argentina de ese momento—empujado por el fraude que es otra vez escandaloso en dos elecciones provinciales que se realizan bajo Castillo—que caracterizaban al momento que Ortiz quería su poder. La "vieja política" no entregaba fácilmente el terreno.

Todavía en 1940, con Ortiz ya alejado del gobierno, Pinedo—vive ministro de Hacienda, intenta volver al cuadro de alianzas proyectado por aquel al negociar con los radicales—personalmente con Alvear—su Plan de reactivación económica que buscaba complementar, en el terreno de la economía, al plan político de Ortiz.

El plan, que se planteaba el estímulo de las actividades industriales mediante una política de créditos y protección frente a la competencia extranjera, al tiempo que promovía la compra por el estado de los excedentes agrícolas. Y la formulación de un programa de viviendas era ambiguo, simultáneamente expresaba las bases de acuerdo probable entre los grupos económicos dominantes durante la década y prefiguraba la posibilidad de nuevas alianzas. Mientras tranquilizaba a la élite de

hacendados ligados a Inglaterra, abría las puertas a negociaciones con los Estados Unidos, desdeados por la gran burguesía industrial y financiera y por el sector de propietarios rurales vinculados con el radicalismo. Su remate debía ser un reforzamiento del intervencionismo estatal y su supuesto político el gran acuerdo planeado por Ortiz, pero el plan Pinedo—en el vacío—en la Argentina de ese momento—empujado por el fraude que es otra vez escandaloso en dos elecciones provinciales que se realizan bajo Castillo—que caracterizaban al momento que Ortiz quería su poder. La "vieja política" no entregaba fácilmente el terreno.

Ortiz, finalmente muere en julio de 1942. En marzo de ese año había muerto Alvear, en enero de 1943 Justo. Cuatro años antes se había suicidado Lisandro de la Torre. Toda su buena reforma del sistema desde adentro había quedado sin ilusiones. Durante el proceso en que trata de recomponer la dirección puramente conservadora del gobierno, Castillo, para enfrentar al poder militar de Justo, había alentado al sector neutralidad del ejército que mezclaba ánimos proindustriales y nacionalistas de las Fuerzas armadas con una visión autoritaria de la política tendiente a la intervención por fuerza simpática hacia los alemanes. Serán esos militares, montados sobre el decrecimiento ciudadano ante un sistema político hipócrita y corrupto, quienes degueñarán a Castillo, y a toda una década. Sobre el fracaso del transformismo y los escabrosos de la política, la Argentina comenzará un nuevo ciclo. En su transcurso se modificarán no sólo los protagonistas políticos

sino también los actores sociales. Esa sociedad que comenzó a transformarse impetuosamente en la década del treinta buscase finalmente una expresión estatal que ninguna de las fuerzas que integran el sistema político—gubernamentales y opositores—era capaz de darle. La reestructuración de la sociedad, operada por la industrialización, logrará proyectarse en la transformación del pacto estatal, el estado mantendrá y acrecentará sus rasgos intervencionistas, pero modificará el sentido de esa regulación sobre la sociedad, el control social, el control de la misma al intervencionismo social. La crisis del estado liberal será entonces total. Nacerá el estado populista como expresión del estado transformista. Pero en que los militares del 43 no pensaban en esto cuando derrocaron al régimen Perón, deberá convencerlos y sólo lo logrará cuando incorpore en 1945, por primera vez en la historia argentina, a las clases organizadas y desorganizadas, a ese proletariado industrial en fusión que la década anterior había generado, como elemento activo de la resolución de una política. Mientras esto pasaba, todos los actores del sistema político de los 30 iban a seguir evocando los temas en los que habían insistido: la necesidad de una reforma radical, socialistas y comunistas habían, desde la Unión democrática, para un país que agonizaba.

## Los comunistas y el movimiento obrero

Jose Arico

Los motivos de una reconstrucción

Por distintas razones se justifica un regreso a los años treinta a condición, claro está, de que frente a los acontecimientos históricos pasados se adopte una actitud crítica y no complaciente, llegando a admitir en lo sucedido el imperio de una necesidad absoluta estaremos en disposición de reconocer que lo que fue tuvo otros motivos, pero que por eso no eran los mismos, también posibles. La conquista de las masas lograda por el peronismo en los años cuarenta, para tomar el ejemplo que aquí nos interesa indagar, no puede ser visto como un resultado inevitable de un proceso cuya lógica interna estaba ya inscrita en los acontecimientos que se sucedieron a partir de la crisis del treinta. Fue una construcción ideológica y política sólo posible por la concurrencia de actores y de circunstancias determinadas. Y esto que parece obvio no es menos obvio porque una persistente tentación historicista nos arrastra a considerar los hechos como ya predeterminados: el 45 como el fruto de una maldad que comenzó a desarrollarse en los años de la "década infame". Esta misma designación, moralmente condenatoria de años de profundos cambios en la sociedad y en el estado, cumplió luego la función legítima de una experiencia política que, como la peronista, supuestamente interrumpió el escarnio para reanudar el mito.

Impugnadas las visiones historicistas, se hace evidente la utilidad que tiene para la reflexión historiográfica y para la consideración política volver a los dilemas de una época que se presiente en ella plantear y a las alternativas ofrecidas por y para la acción de sus actores fundamentales. Y hay una pregunta que inevitablemente debe buscarse en el retorno a esa contradictoria época de gestión de la Argentina moderna y de formación del sindicalismo industrial. Si existían condiciones relativamente favorables para la conquista de las masas por una izquierda—y más en particular, por los comunistas—en proceso de renovación y cambio, ¿por qué los hechos siguieron un rumbo distinto y la década de su mayor presencia en los movimientos

Los comunistas lograron en los años de la crisis una presencia significativa en el movimiento obrero. Por primera vez estuvieron colocados frente a la posibilidad de resolver su congénita separación con el mundo de los trabajadores. ¿Cuáles fueron las razones por las que un encuentro posible desembocó en una salida imprevista?

Los comunistas lograron en los años de la crisis una presencia significativa en el movimiento obrero. Por primera vez estuvieron colocados frente a la posibilidad de resolver su congénita separación con el mundo de los trabajadores. ¿Cuáles fueron las razones por las que un encuentro posible desembocó en una salida imprevista?

Pero reconocer la historia de esos años sigue siendo aun hoy una tarea difícil por el hecho mismo de que el peronismo provocó una transformación tan profunda de la relación entre movimiento obrero e historia nacional que todo un pasado de luchas del proletariado argentino por conquistar su autonomía teórica y política quedó silenciado, oscurecido o por completo deformado en el interior de una historia mitica que reconoce en los comunistas e inoperantes sucesos de octubre de 1945 el acto fundacional de la presencia significativa de los trabajadores en la vida nacional. El hecho de que la historiografía peronista haya retrocedido hacia el pasado esa presencia de las masas, pretendiendo reconvertirla con la misma significación y pureza en anteriores momentos de la historia nacional, no es sino una manifestación más de ese anacronismo fatalista que convierte lo real en la mera encarnación de una racionalidad obsecuente a sus necesidades.

La historia permanentemente discontinua de las clases subalternas se trasmuta así en un falso continuum en el interior del cual la trama viva de los hechos es desmenuzada y se desmenuza en parte para luego ser puesta en función de determinadas propuestas políticas.

Volter a las luchas sociales de los treinta obliga a reconocer la existencia de un doble proceso en la organización de las masas trabajadoras, que tendrán luego gran importancia para el surgimiento del peronismo. Si existían condiciones relativamente favorables para la conquista de las masas por una izquierda—y más en particular, por los comunistas—en proceso de renovación y cambio, ¿por qué los hechos siguieron un rumbo distinto y la década de su mayor presencia en los movimientos





conceptos en términos de modelo comenzaron a abrir espacio a una visión encarnada de la realidad. La preocupación por la historia del país no sólo la autocrítica y la historia de la historia argentina del período *Hoy* (del cual sólo se publican cuatro números en 1936) se inició con el siguiente párrafo: "el estudio de historia argentina, menoscupido injustamente hasta ahora", juntamente con un fragmento de *El maderero* de Echeverría. Así apreciaron los primeros abordajes o, más precisamente, la irrupción de los Alberdi, Vilela, Sanfeliu y Joaquin V. González. Con la llegada de la "clase contra clase" en que el PCA acusaba al Partido Socialista, entre otras cosas, de haber cambiado a Marx y Engels por Alberdi, Vilela, Sanfeliu y Joaquin V. González. Hacía finales de la década la Editorial Problemas publicaba trabajos de Aníbal Ponce, Rodolfo Puiggrós, Miguel Contreras, Ernesto Ledesma, Luis Franco y otros, que el pensamiento comunista internacional subraya, a partir del VII Congreso, lo

político en el sentido estricte del término y la "nacionalización" del PCA (como efecto de este Congreso) redimensionó las relaciones tanto con los otros partidos como con la sociedad toda. El cambio permitió, en el contexto de descomposición de un sistema, el acercamiento del partido —y su aceptación— a socialistas, radicales, demócratas, progresistas, etc., en el Frente Popular. Es pertinente recordar en este proceso de ampliación del espacio político del PCA —la ya ganada independencia del movimiento obrero y las organizaciones (construcción, textiles, alimentación, madereros, frigoríficos, etc.).

Con la misma eficacia que en los inicios de la década el PCA —que sólo vivió como protagonista histórico al proletariado— logró fusionar y unir a las organizaciones sindicales de peso nacional, a partir de medidas de la década ama un entorno político-cultural con la creación y participación de instancias culturales.

de solidaridad, tales como la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), Agrupación de Jóvenes Escritores (AJE), Escuela de Estudios Superiores, Comité Antifascista Argentino, Mujeres contra la Guerra, etc., consiguiendo así una presencia social que no coincidía con su real dimensión partidaria. Presencia que operó efectivamente por un lado en el campo de la lucha antifascista y, por otro, en su inserción en las luchas nacionales por la democratización.

Estas organizaciones político-culturales, lejos de agotarse en lo académico, penetraron con verdadera fuerza en el mundo sindical, en las bibliotecas y organizaciones barriales, lo que podríamos llamar provisoriamente "lo popular".

No ha de ser azaroso, aunque sí discutible, que todo este período en que los comunistas retomaron ciertas prácticas de

participación política de los años 20 y se produce un reverdecer de tradiciones técnicas marxistas, coincida con la ausencia del socialismo en la política. Como lo recuerda Gholudi. Aunque el *Exbozo de historia del Partido Comunista* (1947) afirma: "Solamente en los años 1940-1941 con la reintegración a la dirección del Partido de los camaradas V. Codovilla y R. Gholudi, fue posible proceder a la liquidación completa de los elementos sectarios-opportunistas de los puestos directivos y dar al Partido una dirección homogénea capaz de asegurar la aplicación consecuente de su línea política". Valga recordar que a partir de 1935 se incorporan al partido sectores de la izquierda del PS y que en el Congreso del PCA de 1935 "los comunistas informes" acaso esto pueda ser interpretado como el intento de hechar a funcionar uno de los principios de la organización leninista: el centralismo democrático.

Senadores, en 1935, en la sesión del 17 de septiembre, aprovechó la acusación que se le hacía a Lisandro de la Torre sobre el tema para afirmar que Palacios había acompañado la columna del gobierno. En ese mismo momento, Palacios salió al cruce de la versión: "fui, desde el primer instante, enemigo de la revolución. El 6 de septiembre yo era Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, y ese mismo día (en realidad, al día siguiente, R.N.) dicté una resolución que comunicué en el acto a la universidad, desconociendo el gobierno de fuerza, que acababa de instalarse. De manera que no solamente no he acompañado en ningún momento a la columna en la que iba el general Uriburu, sino que desde el primer momento respaldé el movimiento que yo consideraba funesto para la tranquilidad y las instituciones del país".

Lamentativamente, y pese a existir documentos y declaraciones públicas en las que Palacios reitera su posición reclamando la renuncia de Yrigoyen y que el gobierno fuera asumido por el presidente de la Corte Suprema, para que éste convocara de inmediato a elecciones, así como sus advertencias contra el peligro de una dictadura militar, la versión de un Palacios cómplice del golpe volvió a aparecer. Hace pocos años, Rodolfo Tergano, en un artículo publicado por la revista *Todo es Historia* (nº 108, marzo de 1976, p. 82), sostuvo que "Uriburu llegó al poder saludado por los enemigos de la chusma y por ciudadanos confundidos —entre ellos, aquel pomposo Alfredo Palacios que espoleó su paso en las escalinatas de la vieja Facultad de Derecho". Seguramente Tergano no pudo consultar los diarios de la época que describieron el recorrido de la columna golpista, que en su momento final pasó por la Av. Corrientes, Callao, Rivadavia, Avenida de Mayo. Porque si lo hubiera hecho, hubiese percibido que la Facultad de Derecho, la vieja, estaba ubicada en la Plaza y Arce, y no al lado de haber esperado Palacios su paso en las escalinatas, sin cansarse. En realidad, la columna recibió el apoyo del rector de la Universidad, ingeniero Butty, y del doctor de Medicina, junto con un grupo de estudiantes reformatos que apoyaban el cuartelazo. Palacios, que había sido advertido de una posible ocupación de la facultad, se había parapetado allí para defenderla.

Podría afirmarse, entonces, que existió una posición más clara frente al golpe —ya que no frente al poder radical— en ciertas figuras socialistas no partidarias,

como Palacios, Sánchez Viamonte o Deodoro Roca en Córdoba.

Se podría decir, a manera de síntesis, que la posición del socialismo frente a la crisis que desembocó en el golpe de 1930 aparece como "ambigua", puesto que su definición rotundamente antidual

—quizá convendría decir, mejor, antiirrigoyenista— desdibujaba su propuesta de salida respetando el mecanismo constitucional. En realidad, parece como si la liquidación del régimen imperante volviera a abrirles la ilusión de un realineamiento de las fuerzas sociales y políticas de la mane-

ra señalada más arriba. Uno de los que más claramente parecen adherir a esta postura es Mario Bravo. Por eso pudo formarse en 1932 la Alianza Demócrata socialista, sin que la virtual proyección del radicalismo hiciera mella en las convicciones democráticas y legalistas del so-

cialismo. En ese sentido, la ambigüedad socialista se extiende también a su postura de aceptación del derrocamiento del sistema constitucional. En la medida en que la trayectoria contradictoria con una trayectoria de la izquierda por la defensa insombrable de la ley y las instituciones.

## Los socialistas: claves de una frustración

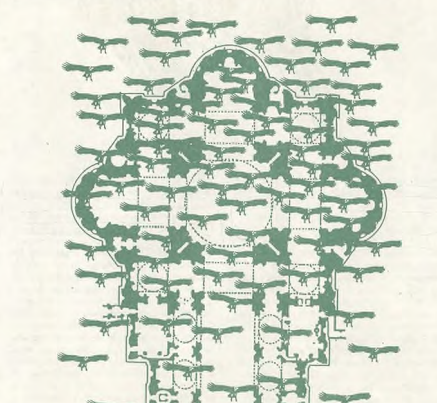
Ricardo Forster

El juicio de los historiadores, y también el de la calle, ha liquidado desde un comienzo a la década del 30 y ha arrojado por ende un manto de olvido sobre sus protagonistas. Se trata, pues, de rescatarlos reconstruyendo la historia de esos años. Forster se pregunta por qué ese partido, que contaba con la adhesión de los sectores populares, va disolviéndose hasta casi desaparecer.

Las transformaciones que se venían operando en el seno de la sociedad argentina. Instalados en el interior una sociedad hondamente perturbada por cambios de todo tipo (económicos, sociales, culturales, urbanísticos, de la vida cotidiana, etc.), aquellos que habían ocupado el lugar del discurso político, que habían estado o seguían estando en el poder o que se ubicaban en la oposición no supieron, no pudieron o quizás ni siquiera lograron captar la realidad de estos cambios y, por consiguiente, se encontraron impedidos de asumir en sus discursos el nuevo rostro que iba tomando la realidad y, junto con ello, de reformular sus discursos para ponerlos a la altura de las circunstancias. De ahí, pues, que podamos hablar de la década del treinta como una época de desencuentro entre la realidad que se fueron operando en torno suyo. Estas interrogaciones apuntan al centro neurálgico de nuestra indagación.

El PSA siempre se vio a sí mismo como una suerte de vía paralela a la sociedad capitalista: partido-sociedad atravesado por una fuerte tendencia a la completitud, a la plena autonomía respecto a la corrupta estructura burguesa. Es posible hablar de "integralismo socialista" en la medida en que cada elemento, cada actividad, cada militante, cada gesto, cada dentro de la cosmovisión del Partido. Los socialistas intaron —y hasta lo llegaron a creer— hacer de su partido un ejemplo concreto y actual del modelo socialista, el que se edificaba. El partido era una sociedad en miniatura, con sus propios códigos morales, su interpretación de lo bueno y lo malo, su visión de la historia y de la realidad. En consecuencia, a través del cual el militante miraba el mundo y a través del cual encontraba su sitio en él. De ahí, pues, que sea posible hablar de "integralismo" en la tendencia a la completitud, la idea del partido como una totalidad omniabarcada y cobijadora. Partido-madre, que alimenta y educa; el PSA no era un simple organismo político, con sus comités y sus caudillos, sus programas y sus oradores, sus figuras legendarias y sus eternos acomodaticios, era eso y mucho más: lugar donde socializarse, donde continuar sus estudios truncados por la posibilidad económica, espacio en donde conformar camaraderías para toda la vida, sitio para encontrar pares y formar familias, lugar donde almorzar, donde recibir visitas, de consumo y producción y primer impulso para iniciarse profesionalmente en la vida; pero también lugar para la militancia política, para el cumplimiento político, para el ejercicio del liderazgo. Estamos, entonces, no frente a una organización exclusivamente dedicada a la política, al voto electoral, a las rencillas internas o al ejercicio del poder; sino, más bien, ante una compleja estructura que se extendía por territorios por lo general ajenos a la política tradicional. Bibliotecas populares, casas de los grupos de teatro y de teatro, escuela de alfabetización, seminarios y conferencias por doquier, reuniones sociales y bailes sociales acompañados por el baile, y a las actividades más netamente político-partidarias: asambleas barriales, congresos regionales y nacionales, periplo (vocación de todo un joven socialista), acción parlamentaria y política.

El Partido socialista fue creciendo como un tejido que se iba expandiendo por la sociedad aunque delimitando periferias. En la medida en que el partido era una casa bulliciosa y abigarrada vida interna estaba atravesada de lado a lado por una férrea ética que codificaba la totalidad de las actividades (o lo que se quería intentar), y que cuadrículaba integralmente la vida partidaria. Para los socia-



Un lugar común de la historia argentina contemporánea es la afirmación de que los socialistas comenzaron —y hasta en algunos casos alentaron— el golpe que derrocó a Yrigoyen en 1930. Sería muy difícil intentar en este corto espacio un análisis detallado del por qué de la posición oficial del Partido Socialista frente al golpe —a la que califico de ambigua— y a la de otros socialistas no encuadrados en la organización partidaria. Pero me permitiré, como es el caso de Alfredo Palacios, al que también me referiré brevemente. Pero cualquiera que se tome el trabajo de recorrer los diarios de la época deberá conceder, por lo menos, que la confusión reinante en ese momento era mucha, y poco o ninguno de los personajes políticos del momento pudo percibir con claridad el abismo hacia el cual se dirigía el país, y hasta qué punto los decretos del propio gobierno radical contribuirían a esa confusión.

Para el socialismo, el radicalismo era más un movimiento de opinión que un verdadero partido político. Así lo definió Nicolás Repetto. Esa gran corriente heterogénea había enturbiado las claras aguas de una política que, en el modelo ideal, imaginado por el Partido Socialista, debía dividir la sociedad entre, por un lado, la burguesía moderante, forjadora de un capitalismo progresista y, por el otro, las clases laborales y los sectores populares y avanzados del país organizados en torno al socialismo.

No era una visión demasiado lejana de la que ciertos conservadores podían tener, y que compartían con el socialismo su rechazo al radicalismo. El diputado conservador Julio A. Costa decía en la Cámara en 1914: "El Partido Socialista no es nuestro adversario electoral, y los más de nosotros estamos conformes con él en las más de sus reivindicaciones. El adversario que tiene el socialismo es el Partido Radical." Un socialista representativo de esta visión, anticipatoria de las posiciones reaccionarias que sustentaría en la década de 1930, Federico Pinedo, decía en la campaña electoral de 1919: "Porque re-presentamos la tendencia más en concordancia con la civilización cosmopolita, y más que todo, con la civilización europea del país, somos el factor más indicado para impedir el predominio de los elementos indígenas que hoy vuelven a poner en la política argentina, desencantados por la política incoherente del sufragio universal". El propio fundador del socialismo argentino Juan B. Justo, había sostenido esta mirada aristocrática, en 1914, en la Cámara de Diputados: "Pero, señor presidente, lo que no veo son las nuevas

ideas políticas que pueda querer realizar este partido; no aparecen en el ambiente de la República; lo veo realizar grandes campañas electorales en regiones extensas del país, como la provincia de Buenos Aires, sin hacer llegar a los ciudadanos una sola noción, una sola enunciación de nuevos propósitos políticos, a cumplirse". Política-círculo, la definía el PS, que gustaba calificarse a sí mismo como el único partido de "clase" y "la afirmación radical de que su programa era la Constitución misma, no podía dejar de producirle una cierta perpetuidad.

Los gobiernos radicales fueron calificados con dureza por el socialismo de entonces. La *Vanguardia*, en un artículo publicado el 11 de septiembre de 1930, resumía: "La nación vivió en el más doloroso estado de guerra desde 1916 hasta estos recientes días de 1930. Tenemos completa autoridad para decir en esta recapitulación, que ya pertenece a la historia, que el gobierno de la Unión Cívica Radical significó para la República un castigo superior al error sincero del pueblo que la exaltó". Frente a la crisis política en la que el país se hallaba sumergido, los socialistas pedían la renuncia del gobierno de Yrigoyen y la puesta en marcha del mecanismo sucesorio constitucional. "Hemos tratado por todos los medios a nuestro alcance de infundir en el espíritu público la posibilidad de que tales cambios se verificaran dentro de las normas de la ley" (*ibid.*). Pero la obstinada resistencia radical a percibir la crítica situación, era la causa del desborde que hoy vemos a pesar de la UCR, personificada en su jefe, el ex presidente Yrigoyen, estimuló, con su desprecio por la opinión pública, la

acción de la violencia" (*ibid.*). El socialismo había sentido entonces al radicalismo como culpable de su propio derrocamiento. Sin percibir todavía el pretexto ideológico que se escondía bajo la dictadura uriburista, terminaba diciendo: "El Partido Socialista confía en las reiteradas declaraciones de la Junta; y está dispuesto a cooperar para que la normalidad de la Constitución se imponga en la República" (*ibid.*).

La confianza que los socialistas depositaban en el uriburismo no era proporcionalmente correspondida. No pudieron muchos días después del golpe antes que Mario Bravo y otros dirigentes, así como personalidades socialistas como Alfredo Palacios, fueran a pasar a la cárcel. Leopoldo Lugones ya le había recomendado al dictador en su Informe Constitucional: "Reprimir también la propaganda subversiva de órganos como *La Vanguardia*, que a través de sus artículos, se difunde cada vez más en el interior, y que coadyuva a la difusión de las órdenes que recibe". Después de descubrir que el uriburismo quería extender el provisorio, los socialistas se querían armar y armarlos. "No se puede derrotar a los malos que se consideran malos para igualarlos y superarlos en sus vicios y desciertos" (Nicolás Repetto, Cámara de Diputados, 1932).

Un breve comentario: si la posición oficial del socialismo puede ser criticada con razón por su ambigüedad en la crisis, la posición de Alfredo Palacios es tergiversada en algunos casos por ignorancia y en referencia a la posición de participación de Palacios en el golpe la dejó desiluziar Héctor González Iraman en la Cámara de

listas no podía haber contradicción entre las actividades políticas y la existencia personal; sus afiliados debían responder tanto con ejemplos de militancia concreta como a través de la transparencia de su vida privada. Llama la atención que en la prensa partidaria se ventilaran, junto a sensadas cuestiones doctrinarias o a discusiones de táctica política, problemas exclusivamente personales: los militantes o dirigentes o no, se cruzaban en *La Vanguardia* todo tipo de diatribas, de acusaciones, por lo general, giraban en torno a la observancia de los principios morales que regían la vida partidaria. Cada socialista era, pues, una extraña especie de sacerdote laico y auge que, de ingerir alguna de las normas establecidas, se habría pasado a las nuevas situaciones (a modo de ejemplo recordemos que a Federico Pinedo se le formó un tribunal disciplinario y casi se llegó a expulsarlo por haber, en un artículo aparecido en *La Vanguardia*, gravado pasado, exacerbado por la condición patética de su cónyuge y la consiguiente fiesta para la "sociedad alta" portuñeta que escandalizó a todo el partido; a Alberto Palacios, en cambio, su mala vida sexual, agravada por su inclinación dualista y su devaneo donjuanesco, le costaron la afiliación).

Esta ética socialista puede ser relacionada con la ética puritana en múltiples aspectos: inclinación objetiva al trabajo, racionalización y maximización de las actividades cotidianas, moralismo sexual, abstención alcohólica, culto a la productividad y una peculiar sensación de ser "elegidos". En un artículo aparecido en *La Vanguardia*, publicación teórico-cultural del partido, Narciso P. Marquer sostiene, hablando del problema de la criminalidad y el adulterio, que pueden fundirse en la moral cristiano-puritana; veamos lo que dice nuestro socialista: "El criminal, el ladrón, el adúltero, no admiten que su vida sea de lesa moral. Sólo un instinto, un deseo, los lleva a consumir actos repudiados por las buenas costumbres". El discurso de Marquer es el de los mandamientos bíblicos y se inscribe dentro de la tradición burguesa victoriana: no robar, no matar, no cometerás adulterio. Llama la atención, en este sentido, que esta moral reivindicada por un socialista y que era, en general, compartida por la dirección del Partido, esté más en una línea afirmativa del puritanismo burgués que en una tradición contestataria. Continúa Marquer: "El crimen, el robo o el adulterio, actos que el individuo consuma en la sociedad, son por mandato imperativo del 'yo', o de lo cual resultan perjudiciales ambas partes, es decir, quien se convierte en reo del delito y quien se siente perjudicado por tal delito (...). De aquí el principio de la moral teológica, de no 'hacer a los semejantes lo que no quieras para ti'. En esto está la humanización o dehumanización de las costumbres al practicarlas o desheredadas. Y de ello devienen los preceptos de Cristo: 'Amaos los unos a los otros', 'Amad a vuestros semejantes como a vosotros mismos'". La parábola moral de los socialistas se cierra en su vuelta al cristianismo, buscando allí los fundamentos últimos para hacer la crítica de la prostitución capitalista. Esta suerte de plinthismo moral se combina directa y armoniosamente con el modelo integrista de partido, le confiere, en verdad, la amalgama de unos valores totalitarios.

Difícilmente se puede entender el discurso socialista independientemente de esta característica propia de partido-sociedad que, por otra parte, se entrelaza directamente con la tradición de la coacción moral europea —especialmente en sus versiones alemana y austriaca—. En este sentido, al PSA le resultaba muy complicado cambiar, modificar no sólo aspectos de su ética sino también de su propia estructura organizativa (verdadera usina reproductora de la continuidad de la cosmovisión partidaria). Percibir las mutaciones de la sociedad, de la economía, de la irrupción de nuevos actores sociales, reconocer transformaciones en la vida cotidiana de sociedades en proceso de masificación, aceptar la crisis de los viejos valo-

res culturales, implicaba no sólo producir giros trascendentes en la teoría o en la línea política sino, a su vez, reconocer deficiencias estructurales o limitaciones organizativas para hacerse cargo de la nueva realidad. Esto lo decimos porque una organización partidaria de características integristas, suerte de sociedad paralela, se ve casi imposibilitada para adaptarse consecuentemente a las nuevas situaciones. La medida en que su propia estructura tiende a reproducir inercialmente las viejas formas y valores socialistas. Dicho de modo más preciso, el Partido socialista no sólo careció en los años treinta de un discurso renovador, aunque algunos sectores lo hayan buscado infructuosamente, sino, fundamentalmente, que sus eslejos organizativos minó la posibilidad misma de producir y expandir en el interior del partido ese discurso, este, es, reproducir infatigablemente la vida tradicional a través de la cual los socialistas obsesionalmente atravesaron la realidad. Su propia historia lo paralizaba, le impedía dar el salto cualitativo y crecer social y políticamente. Sus raíces se hundían en el suelo de un mundo superado, su mirada quedó petrificada en el pasado, su discurso si-

resistieron a toda concesión y pasaron a la defensiva sin intentar otra estrategia: fueron los conservadores, clásicos, liberales originariamente, pero volcados cada vez más hacia la defensiva sin concesiones de sus privilegios. Por su parte, los discorformistas tradicionales, partidarios de una transformación de la estructura según las reglas que consideraban inmovilistas del mundo industrial, identificaron a la masa como un proletariado lumpen, sin conciencia de clase ni vocación de lucha, y dejaron que, en última instancia, la moral era el pivote de su aliado potencial de la estructura vigente. Así, coincidiendo en eso con los conservadores clásicos, adoptaron también una actitud despectiva frente a la masa: fueron los progresistas, los reformistas y los revoltosos cuyos eslejos ideológicos respondían a los principios del radicalismo o del marxismo, en los cuales vibraban las inestructurales reminiscencias del pensamiento ilustrado y del liberalismo filosófico" (*Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, pp. 380-381). ¿Acaso los socialistas no entraron dentro de esta magnífica caracterización? Su mundo, en el que sentían cómodos,

celente procedimiento de argentinización. Quieres nivelar el proletariado de Buenos Aires con el de las zonas del país donde es más abyecto y servil; quiere que el nivel de los trabajadores de la capital no exceda al de los inconcientes parias que trae del interior y arma para su nefanda obra de exterminio." Y en ese mismo artículo Enrique Dickmann hace una caracterización del proletariado obrero que dice que es toda una definición socio-cultural: "Cuando llegó a Plaza Lorea (esta relación del acto del 1.º de mayo de 1909), un obrero argentino que, en la columna de un farol, dirigía la palabra a una multitud proletaria compuesta por unas dos mil quinientas personas, muchas de ellas mujeres y niños. No podría precisar lo que aquel hombre decía, pero su aspecto físico se grabó en mi pupila. Era un hombre delgado, enjuto, pálido y mal nutrido, de abundante cabellera y barba, polvamente vestido de azul y su cuello una amplia y flotante corbata roja. Su voz de trueno comovió profundamente a la miseria y andrajosa muchedumbre que lo escuchaba y aplaudía. Era un espectáculo triste y maravilloso. En aquel momento, un pobre y miserable del proletariado de Buenos Aires y que por instinto o ignorancia milita en el anarquismo." (*Revista Socialista*, "Tiempo heroico", año VI, núm. 67, 1935). La mirada retrospectiva de Dickmann denota una mezcla de compasión, lástima y de superioridad. Los socialistas son otra cosa, ya vimos, aparecen en la ideología del Partido, esa imagen del proletario ejemplar frente a la del pobre paria perteneciente a lo más bajo y degradado de la sociedad. La mirada distante y casi claudista de Dickmann implica todo un programa que dejará profundas huellas en el socialismo argentino y que favorecerá su incomprensión, su desconcierto, ante la trucción de una nueva y agitada saca de quicio a la sociedad tradicional. Los socialistas permanecieron fieles a la ficción de un obrero ideal, trataron de interpretar los signos confusos y multívocos del proletariado real desde el paradigma del obrero-conciencia-de-clase, conocedor de su misión histórica y propuesto por expandir el dogma revolucionario. Ese obrero agitado, a los ojos alucinados de los socialistas, todo el aspecto del aseta consumado: responsable, trabajador, buen padre de familia, militante escrupuloso, estudioso, sobrio, aguerrido para defender los derechos de los más humildes, etc., etc., como un Jacinto Oddo-

no, multiplicado infinidad de veces.

#### IV

uestra hipótesis inicial comienza a desplegarse, a poco vamos descubriendo el derrotero que siguió el PSA, sus tradiciones, su conducta, y también comenzamos a comprender cómo se fue configurando ese "imaginario" ya no solamente desde el análisis estricto del discurso político o del bagaje teórico (en el que no nos hemos detenido, pero que se nos hizo necesario, al entrar en sus zonas oscuras o relegadas, menos expuestas al ojo del historiador; aquí aspecto que define la cotidianidad del Partido, las características peculiares de su ideología social, sus normas morales, sus conflictos internos. Digamos que auscultar los pequeños gestos hace posible "entrar" en otra historia, nos permite desentrañar su vida y hacer una lectura quizá más atenta de esas "fallas" socialistas (la mirada perpleja con la que los socialistas contemplaron el gusto de Jean Jaures, en su histórica visita a Buenos Aires, por el buen vino los comentarios de Joaquín Coca sobre la diferenciación social que se hacía dentro del grupo parlatario; la vigilancia atenta del portero al salir de la casa; la preocupación por llamar la atención a las parejas que se afanaban en las sábanas balaban demasiado apretadas; el autogratificante patetismo de Repetto o su enojo con De Tomas al romperle el vaso; su comportamiento matonista con una protegida del primero, lo que inició el distanciamiento definitivo entre ambos dirigentes; el culto casi milagroso de los

avances científicos y la multitud fatigosa de conferencias que los socialistas daban sobre esos temas, etc.). Penetrando por una estructura sólidamente establecida podremos deasear el camino esquivo por el PSA, relacionando esos actos cotidianos y casi insignificantes con el discurso teórico-político más general, y nos sorprenderemos al hallar sus corresponden-

ciencia y, también, sus líneas de fuga. Recapitulando: por el "imaginario" con el que el partido constituyó su propia realidad en los treinta, es discurso que le impidió tomar debida nota de las mutaciones que venía operándose en todos los niveles de la sociedad argentina, aparece prefigurado en las situaciones cotidianas, en los gestos de la militancia, en la im-

En la muy mal conocida historia agraria argentina, la década de 1930 aparece asociada con dos gruesas, simplificadas ideas: el estancamiento de la producción de la principal región económica, la pampa, y, como consecuencia de ella, un fuerte reforzamiento de la tendencia a la migración interna del campo a la ciudad, que se traduce especialmente en el crecimiento de la Capital Federal y partidos circunvecinos. Se supone también, corolario de la ver-

dad, que estos contingentes de obreros entraron en los proletarios de la industrialización por sustitución de importaciones y en la base social del "proletario" sindicalismo, y, promediando los 40, del peronismo. El conte entre entre "vieja" y "nueva" clase obrera ha sido motivo de fuertes objetores y los trabajos de Murrin-Portioneiro, del Campo y Matsushita han probado que, en el plano de la acción sindical y política, hay una estrecha vinculación entre una y otra, clave para entender los simultáneos cambios operados en la orientación del movimiento obrero y en la configuración de las fuerzas políticas. En cuanto a los flujos poblacionales, lo cierto es que descomponemos demasiados aspectos de este problema, particularmente en las áreas rurales, los modos concretos que asumieron los cambios en la composición y en la estructura de clases. Por lo demás, el clásico problema argentino hacia a otro, hacia el campo por el predominio de la negociación en la ciudad. La FAA se convierte claramente a una organización corporativa y negociadora, al par de proyectos de plan de la lucha hegemónica, marcando la

como se expresan las tendencias coyunturales en el comportamiento de los actores sociales agrarios en la principal región. La generalizada idea es que para entonces se habían alcanzado los límites de la frontera agropecuaria —que coincidía con los de la pampa— ha contribuido, entre otros factores, al desconocimiento de la historia del resto del país.

Ahora bien: el investigador que se introduce en el ámbito rural de la década de 1930 no tarda en descubrir algunos datos y hechos significativos, que dan cuenta de una menuda intensa movilización de los diferentes actores sociales en todas las regiones. En una primera y muy gruesa aproximación podemos señalar estos fenómenos: 1) un viraje decisivo en el comportamiento de los chacareros pampeanos nucleados en la Federación Agraria Argentina que, tras la huelga de Las Rosas (enero-marzo 1933) y el III Congreso Nacional Agrario (sinóticamente reunido en Buenos Aires, en marzo de ese mismo año), ratifican el viraje estatutario de su acción, ya perceptible a comienzos de la década y observable en el apoyo a la fórmula presidencial Justo-Matzenroder y al estancamiento de la organización agraria. La etapa de las luchas, movimientos y agitaciones en el campo, a veces expresadas en términos de violencia, iniciada en 1910-12, cede lugar a otra, que alcanza su punto por el predominio de la negociación en la ciudad. La FAA se convierte claramente a una organización corporativa y negociadora, al par de proyectos de plan de la lucha hegemónica, marcando la

límites del desarrollo de la conciencia de clase de los chacareros; 2) la aparición de nuevas formas de lucha y organización, coyunturales, como son las muy mal conocidas Juntas de Defensa de la Producción y de la Tierra, creadas en el área matorra Rosario y luego extendidas a otras, pero que imponen en las luchas y movilizaciones de los "colonos" chachuqueros, que en 1934 y 1936 son protagonistas de significativas acciones. El programa de las Juntas tiene un fuerte contenido antiparlamentarista y en ellas —por lo menos en el Chaco— hay una destacada influencia de los comunistas; 3) la constitución de organizaciones zonales de obreros, que a través de las cuales pueden citarse a la Federación de Obreros Rurales, Estibadores y Anexos de la Provincia de Córdoba, creada en 1933 en Marcos Juárez y luego con sede en Villa María, a la Federación Sindical Santafesina de Trabajo (1937), a la Federación de Trabajadores Vergeteros (en Posadas); en la provincia de Santa Fe aparecen varios sindicatos "comarciales" de trabajadores rurales, que actúan en uno, dos o tres departamentos; en Pergamino se instala la sede de una "comarcial" bonaerense, en Salta, la comarcial regional, en Tucumán, la comarcial provincial; en el Chaco, los obreros sindicalizados (particularmente desmotaleros y cosecheros) desempeñan un papel de primera línea en los conflictos de 1936, que alcanzan niveles de violencia armada; 4) hay otros importantes conflictos agrarios, como los de cañeros y obreros del azúcar en Tucumán, siendo destacados los casos de los chacareros en 1938-1940; 5) la reaparición de

movimientos "preproletarios" (en el sentido de Hobsbawm) bajo la forma de bandismo rural —siendo notables las bandas de Segundo David Perilla, *Mare Colorado*, que opera en el noroeste (particularmente en el Chaco) entre 1933 y 1939, y de Juan Bautista Bairoletto, en la Pampa, sur de Córdoba, San Luis y Mendoza. Otros casos de bandismo social aparecen también en la Patagonia —y de militarismo indígena entre mochoes del Chaco en 1933—.

Estos movimientos agrarios, que expresan y a veces combinan negociación y violencia en procura de objetivos propios, deben entenderse, en mi hipótesis, como parte del largo proceso de construcción y reconstitución de las relaciones de clase en el campo argentino. En tal sentido, parece que los mayores conflictos rurales del siglo 20 no han producido, en cada región, en aquellos momentos en que en la economía agraria se generaliza la forma capitalista de producción y ésta subordina a las no capitalistas, o bien en situaciones de transformaciones dentro de la economía agraria capitalista. La segunda hipótesis general, derivada de la anterior, es que históricamente los movimientos rurales argentinos tendían a diluirse en las áreas y regiones que han alcanzado antes mayores grados de desarrollo de relaciones capitalistas (como en la región pampeana) y a acrecentarse en las regiones consideradas "marginales", particularmente en las áreas de cultivos agroindustriales, donde el nivel de desarrollo, lo que explica los altos niveles de conflictividad en el Chaco.

## El nacionalismo sin nación

Oscar Terán

el nacionalismo católico de los años treinta reformula el modelo de una presunta identidad argentina desquiciada por la crisis. Elabora así la primera justificación orgánica de su larga historia de expectativas y frustraciones.

cia de sus núcleos temáticos opera como el sintagma que existirán ciertos centros de la problemática nacional que hallarían en el algo más que una satisfacción alucinada. Y es que la fractura del bloque histórico desquiciado por la crisis del 30 presentó precisamente las condiciones de posibilidad para que dicha tematización pudiera validarse como una reflexión orgánica o no meramente ideológica. La desarticulación del paradigma nacional imperante desde el 80 liberó radicalmente por primera vez en medio siglo un conjunto de objetos teóricos que hasta entonces había funcionado como un universo di-

curso dador de sentido tanto de las prácticas de los sectores dominantes como de las fuerzas subalternas. Aquel paradigma se había generado por la fusión de variables socioeconómicas y políticas con las que en ningún momento las fracciones intelectuales críticas habían podido romper simultáneamente. Justamente, el temor fundamentalmente correctivo que caracterizó la cuestionamiento que habían acompañado la crisis de 1890 o la reacción del nacionalismo espiritualista del Centenario muestra hasta qué punto había dificultado la inversión de una alternativa global a la propulsada

por el liberalismo argentino. Por el contrario, las fracturas tal vez más culturales que económicas que la crisis del 30 propulsó, al menos en el campo de la cultura, fueron las fisuras a través de las cuales se tornó posible un cuestionamiento masivo al orden trabosamente consumado después de la guerra de las Casapiedras que no habría que subestimar la fuerza de la eficacia simbólica para contribuir a la construcción o recomposición de un proyecto nacional en periodos críticos de su historia, como el propio Nicolás Avellaneda lo confesaba en el seno de las guerras civiles posindependistas para señalar el momento de pasaje entre la indigencia teórica y el deslumbramiento ante la propuesta sarmentina como esclavadora de toda una empresa organizadora: "¿Quién se preguntaba... nos había señalado antes que el la verdadera significación de nuestros fenómenos nacionales? La guerra social sobolaba por todas partes, todos los vínculos se rompían, las campañas se alzaban, entre las ciudades y las guerras, entre ellas y para explicarnos el caos, la disolución y la sangre sólo temíamos... las doctrinas de la teología moral sobre el desenfreno de las pasiones". "Venerables lugares comunes que distilaban en la



# Cinco preguntas sobre Mallea

María Teresa Gramuglio

I. Desde hace unos años vengo detectando dispersas y casi secretas revalorizaciones positivas de Eduardo Mallea que me resultan sorprendentes por provenir de quienes propios de intelectuales argentinos, algunos de ellos formados en los núcleos más próximos a la izquierda —si no en su corazón mismo— que están viviendo ahora fuera del país, en muchos casos por motivos a los que yo misma esa misma formación. Uno de ellos, ahora doctorado en la Sorbona, suele, en sus visitas a la Argentina, aparecer en algún bar con una bolsa llena de ejemplares de *Historia de una pasión argentina*, que regala a sus viejos y nuevos amigos, encareciendo su lectura o relectura, según los casos. Desde otro lugar, o, más precisamente, desde otra colocación ideológica distante de la izquierda radicalizada, encuentro las palabras de Tulio Halperín, ya no secretas, pero no menos sorprendentes cuando se repara en que, además de reivindicar a *Historia de una pasión argentina* como un alto manifiesto antídoto, descalifica con dureza a quienes vieron en esa obra un signo de oportunismo generacional: "Es la toxicología y la malevolencia de esos intérpretes —escribe— la que se refleja en esa interpretación aberrante." Me pregunto si entre esos intérpretes habrá que colocar a algunos miembros de *Contorno*, tan próximos a Halperín en aquellos años de irrupción de los nuevos grupos intelectuales del 50. Pero como el respeto intelectual que le tengo a Halperín es enorme, su observación me lleva a preguntarme algo más: ¿habrá sonado, también, la hora de una relectura de Mallea que desde otro horizonte de expectativas, menos tributaria de las categorías sartreanas, menos prestada por el populismo, más cercana, a través por la urgencia revolucionaria, encuentre en sus reflexiones sobre lo nacional nuevas respuestas para nuestras preguntas actuales? La posibilidad que insinúa la última parte de la pregunta me parece, por ahora, dudosa.

## II. Mallea en los 30

De su larga producción me interesa ese segmento, porque allí se encuentra un núcleo constitutivo que la sostendrá en su totalidad: se delinean los motivos ideológicos, las figuras, los tópicos, el fraseo de la escritura; allí se dibuja el proyecto literario y la construcción de la autoimagen del escritor. Habrá puntos de viraje, pero allí residen las articulaciones básicas de la reflexión sobre los males nacionales y de la denuncia moral que ellos promueven. Ese segmento me interesa también por el contexto de su enunciación, por el diálogo que esos textos de los años 30 entablan con otros textos anteriores y contemporáneos de ellos, enlazados todos en una preocupación por el nacional, ese objeto elusivo al que tornan, más que teórico, afectivo, emocional: así se me aparece, al menos, en Mallea, en el *Salvador de El hombre que está solo* y en Martínez Estrada. Y me interesa por sus efectos: cómo fue leído, qué cuota de entusiasmos concitó, hasta el punto de convertir al autor en un "faro" que iluminó las fronteras nacionales.

Dentro del país las páginas de Sur fueron el lugar privilegiado donde se desplegó el proceso de constitución de ese núcleo. En ellas pueden leerse no sólo los ensayos y artículos después recogidos en libros (*La ciudad junto al río inmóvil*, *El sayal y la párpura*), sino también, reiteradamente, el impacto positivo que provocó *Historia de una pasión argentina*, ese título

Eduardo Mallea compartió con otros ensayistas de la década una aguda preocupación por el problema nacional y por el lugar que le debería ocupar el escritor en la sociedad. Su relectura desde las perspectivas del presente suscita un interrogante fundamental: ¿es posible privilegiar en nuestros días un discurso puramente moralista que ocuya lo político, entendido como aquel conjunto de valores y prácticas que orientan los cambios deseables?

lo por varios motivos felices: los comentarios se sucedieron número tras número, el de A.M. Berry, el de E. Gourau y, sobre todo, el de Canal Feijó, que inauguró el registro de una total constatación con el texto. Y, en este último caso no hay que olvidar el violento rechazo hacia Martínez Estrada que Canal Feijó manifestó, también en *Sur*, en su célebre "Radiografías fatídicas", como indicio de tensiones y posturas diferentes frente al diagnóstico de la crisis en el interior de la fronda liberal. Hacia afuera, los comentarios de Henríquez Ureña, que ponían el rigor de la reflexión malleana a las arbitrariedades del debate, también lo evocó a los jóvenes de toda Latinoamérica rumiando como algo propio ese "breve ítem ético y estético", confirmaron, entre otros, la eficacia de esos efectos. Como narrador, pero sobre todo como ensayista, Mallea llegó a encarnar, desde fines de los años 30, y por su producción de esos años, un paradigma de escritor nacional y americano, un arquetipo del intelectual necesario en estas latitudes. ¿Qué promesa ese modelo, y cuáles fueron las circunstancias, cuáles las problemáticas que hicieron posible esa colocación?

## III. Nacionalismo de un liberal

Cuando se quiere denostar a Mallea, se suele acudir a dos argumentos contradictorios: uno, sus tempranas inclinaciones nacionalistas y filofascistas; el otro, su evidente inserción en el cagollo de los que se consideran, homologados sin más trámite, dos pilares del liberalismo antinacional. *La Nación* y Sur. Curiosamente, ambos argumentos pueden ser esgrimidos por las mismas personas. Creo que nunca se insistirá suficientemente en los rasgos nacionalistas que permean el discurso de nuestros liberales, índice, entre otras cosas, de ese carácter heterogéneo y a veces desagregado que es necesario reconocer a las formaciones ideológicas. Un exponente de estos entreviros de nacionalismo y liberalismo puede encontrarse en la relación Gálvez-Mallea. Tenemos, en un nivel primario, lo que revela la anécdota relatada por Gálvez en sus *Memorias*: Mallea intercediendo en *La Nación*, a pedido de Gálvez, para que allí se publicara la serie de artículos nacionalistas *Este pueblo necesita*. Y en un nivel menos anecdótico, ¿no se puede, acaso, pensar a *Historia de una pasión argentina* como una reescritura

de, more años 30, de *El diario* de Gabriel Quiroga. Hilos innumerables unen a estas dos obras, a partir de similares matrices derivadas del nacionalismo espiritualista. Persistencia de tópicos y motivos: la fealdad de Buenos Aires, las virtudes refugiadas en el interior —"el interior", dirá Mallea— y en la interioridad, la denuncia de una intelectualidad adocenada —cuyos exponentes más visibles son los abogados terratenientes de la Facultad de Derecho—, instalada en las instituciones oficiales. Y más, la elección de estrategias discursivas —el diario ficción en un caso, la autobiografía desviada en el otro— que, pese a sus diferencias, revelan notable afinidad: ambas liberan ante los ojos del lector una interioridad valiosa hasta ahora pidiémente velada; ambas reflexionan a partir de una subjetividad que se pretende desgraciada; ambas se constituyen en una modalidad de enunciación que exige, junto con sus interlocutores, la forma de la interrelación: lo confesional, ese falso diálogo que sólo permite escuchar para condenar o absolver. Y ambas persiguen, sobre todo, la conversión de la figura del escritor en la instancia privilegiada y absoluta que legitima la autoridad moral del discurso.

Pero, volviendo a la cuestión central de este punto, si las afinidades entre *Historia*, y *El diario*, resultan plausibles, ¿qué ocurre con otras flexiones del nacionalismo, presentes también en los años 30? Para tomar una sola de ellas: en 1935 comienzan las actividades de FOR-JA, esto es, existían condiciones de posibilidad para la emergencia de un nuevo discurso nacionalista que, desde otra tradición política, fue diseñando un nuevo espacio en el campo intelectual y modificó los términos del debate. Ese nuevo discurso era más insolente y desemfadado —un estilo que es casi una herencia de los bríos del martiniferismo— era también, pese a sus errores y a su unilateralidad, más atento a las causas históricas objetivas de los males nacionales; y resultó, pese a la rápida liquidación a que lo sometieron versiones como las de Abelardo Ramos, notablemente afortunado como discurso: muchas de las palabras y figuras que puso en circulación tuvieron larga vida en las posteriores reformulaciones del nacionalismo, y se puede afirmar que el discurso de las palabras y figuras que sigue alimentando buena parte de la mitología populista *ad usum*. Nada de esto penetró en Mallea, y si, en cambio, en Gálvez, pero esa es otra cuestión.

## IV. Historia de una pasión argentina como autobiografía

Algunas exégesis de *Historia*, —han conitado los nombres ilustres de Descartes, de San Agustín, de Rousseau; otras tantas historias de paisajes. Se puede tratar, modestamente, de leerla como autobiografía, y —sin enojarse como Rozitchner en *Contorno* por la superabundancia de referencias literarias y culturales— como autobiografía intelectual que apunta a construir una imagen de escritor. Habría que analizar los desvíos del pacto autobiográfico, la elusiva y como secreta inscripción del nombre en el texto (que aparece en una nota al pie y ligado al motivo del linaje largamente arraigado en la patria); el orden narrativo, con sus elecciones y omisiones; los tópicos tradicionales: la infancia, la llegada del provinciano a la ciudad, las iniciaciones (¿qué pasa con la iniciación sexual?), los descubrimientos (¿cómo, desde dónde se descubren la promesa de América?), los viajes. Y también esa llamativa (¿involuntaria?) coincidencia cronológica que hace culminar la pasión a los treinta y tres años, una edad que remite a claros simbolismos románticos, y a la larga tradición literaria. De ahí a los otros textos: a *Conocimiento y expresión de la Argentina* como pretexto; a *El escritor de hoy* como texto para buscar una tipología del escritor-ensayista y la política oculta del escritor-ensayista; a la política oculta con Borges. A *La bahía de silencio*, que reescribe lo autobiográfico en clave ficcional. ¿No llegaríamos, por esa vía, a encontrar que aquello —lo que habita Mallea obsesivamente— su objeto invisible, para decirlo con uno de sus palabras más conocidas— no es de la Argentina, sino de ese otro objeto también obsesivo para Gálvez, para Lugones, el escritor, su misión, su lugar en la sociedad?

## V. Después de los 30, y ahora

*Contorno* se ocupó, ya sobre el fin del primer peronismo, de correr y limpiar esa imagen paradigmática, acuada en torno a una adhesión complicada y no exenta de diferencias a ciertos modelos (notoriamente Píguo, Benda, y también Lugones), y cimentada en la autogenia que los textos enfáticamente proponen y reiteran. Dicho de un modo abusivamente rápido: al Mallea de los años 30 le pusieron la violencia y la carnosidad de Adriá; al ensayista, la denuncia catastrófica —aunque no objetiva— de Martínez Estrada.

Para los de *Contorno*, la emergencia del peronismo conforó —aunque no la integración para los hombres del Centenario— la experiencia histórica y la vivencia concreta de lo social que movilizaron, junto con las nuevas reflexiones sobre el nacional, el vehementemente ajuste de cuentas con los antecedentes en que esas reflexiones se asentaban. El énfasis actual sobre la indiosibilidad de lo ético y lo político, que nuestra propia y reciente experiencia histórica reformula como un valor decisivo, justificó en nuestros días la vigencia de un discurso como el de Mallea, cuya denuncia moral queda enclaustrada en categorías que eluden tanto las evidencias de la desigualdad y de la injusticia social como la atención hacia esa dimensión política del pensamiento que permitiera articular las fuerzas que proponen la transformación? Porque si efectivamente ética y política son indisolubles, en lo que hace a una reflexión sobre nuestra sociedad, ¿cómo privilegiar un discurso puramente moralista que ocuya lo político, entendido como aquel conjunto de valores y prácticas que orientan los cambios deseables?

Suplemento/3

Mario Baccanini: En su libro hay cuatro capítulos dedicados a la crítica de las economías socialistas. La parte constructiva, en la que propone usted un proyecto de socialismo posible, se reduce a unas pocas páginas, si bien Wlodzimierz Brzezinski reconoce que se trata de un núcleo de contenido concreto. ¿A qué obedece esta disposición entre crítica y proyecto en la composición de su libro?

Alex Nove: Hay que aclarar dos puntos: en primer lugar, no se trata de un análisis comparativo de sistemas. Si mi libro se refina a la economía, y sobre todo a la teoría económica occidental ortodoxa, cabrían perfectamente las críticas que ha formulado usted. Sin embargo, como señalo en el prólogo, mi libro no es un ataque contra el socialismo comparado con el capitalismo moderno, dado que también este último padece males de todos conocidos. Es cierto que la crítica del socialismo real abarca dos tercios de la extensión de mi libro, que dedica la parte restante tanto a la crítica del marxismo tradicional, en lo que concierne al socialismo, como a la búsqueda de una alternativa. Pero para buscar una alternativa es necesario extraer conclusiones de la experiencia de los diversos países que se dicen socialistas. En segundo lugar, mi libro parte de las teorías marxistas ortodoxas. Por un lado está el sistema soviético; por otro está lo que han afirmado Marx y, tras él, algunos marxistas. Lo que Marx ha afirmado no constituye una base sólida para la crítica del socialismo existente.

De qué existen multitud de variantes. En su libro, por ejemplo, apenas se habla de China.

Si saliese una segunda edición dedicaría un capítulo entero a China, donde han sucedido en estos dos últimos años muchas cosas que requerirían un amplio tratamiento. Pero más allá de las variantes —la autogestión yugoslava, la experiencia húngara, el modelo soviético, etc.— se dan aspectos comunes de los que es posible extraer ciertas lecciones válidas para cualquier tipo de socialismo. Y algunas de ellas son negativas: no hay que proceder a una colectivización forzada de la agricultura, se corren serios peligros de dominio de la sociedad por parte de una jerarquía político-económica poderosa, de un partido único, etc. Pero la situación ideal no existe. Como dice uno de los mejores economistas húngaros, Kornai, todo cuanto se hace provoca efectos ventajosos e inconvenientes. Se trata, pues, de reducir las desventajas, pero no existe un sistema capaz de ellas, se supprime el mercado; ahí están los peligros de la jerarquización, la burocracia, la rigidez administrativa, etc. Se mantiene el mercado, y aparecen todos los riesgos de distorsiones posibles e incluso preveibles. Se trata, pues, de elegir en lo posible ambos caminos, sin pensar en soluciones perfectas que la vida real no admite.

¿En qué medida han realizado el proyecto marxiano las revoluciones socialistas?

En mi opinión, aquel proyecto no era realizable. Al ajustarlo en algunos aspectos se crearon contradicciones con otros aspectos del propio proyecto. En Marx, el proyecto socialista prevé que la planifica-

## Conversación con Alec Nove

# ¿Quién le teme al socialismo?

Mario Baccanini

Profesor de economía en la Universidad de Glasgow, de este hijo de mencheviques emigrados conocemos en español dos de sus obras: *Historia económica de la Unión Soviética* (Madrid, Alianza, 1973) y *El sistema económico soviético* (México, Siglo XXI, 1982). En su último libro, *The economics of feasible socialism*, intenta diseñar una postura socialista basada en una combinación "eficaz" de planificación, mercado y democracia política. Una "tercera vía" que tiene el mérito de la claridad, no ya como alternativa al modelo socialdemócrata —"que mantiene", según Nove, "su validez"— sino como una opción política legítima y "posible".

ción sustituya la economía de mercado, la moneda, el librecambio. Los partidarios socialistas han probado realizarlo. Pero el mismo proyecto marxiano postula la eliminación de la burocracia, del dominio de los dirigentes sobre los dirigidos, etc. Así, para superar las consecuencias de la ausencia de mercado y de librecambio, se ha creado una poderosa jerarquía, con la pretensión de imponer una planificación consciente de la actividad económica. Las consecuencias de todo ello, sobre todo con Stalin, le habrían parecido nefastas al propio Marx.

Entonces, podemos afirmar que algunas consecuencias negativas son inherentes al propio modelo marxiano.

Si y no. El modelo, como hemos visto, es contradictorio. Sin querer justificar el te-

rror estalinista, cuando se ha intentado realizar el proyecto marxiano se ha llegado a resultados imprevistos y no deseados respecto de la tabla de finalidades contenida en el propio modelo. Algunos resultados negativos dependen ciertamente del modelo. Fijémoslos en el "pleno" empleo. Se trata, evidentemente, de un bien. Pero la estricta disciplina de trabajo que, en tanto se establece en la Unión Soviética, no es acaso una de sus consecuencias? ¿Es preferible entonces el paro en aras de una mayor disciplina? A nadie le gusta el desempleo, que por otra parte es también un "desplazamiento" pero cuando hay pleno empleo, y en consecuencia una cierta tendencia a que los clientes hagan cola, nadie se ocupa mucho de los deseos y las demandas de los clientes. Son ejemplos simples, pero se podría buscar otros.

**NOVEDADES**

**A.L./5 JUAN JOSE SAER**  
"GLOSA"  
La nueva novela del magistral narrador santafesino.

**A.E./2 GERARD POMMIER**  
"LA EXCEPCION FEMENINA"  
ENSAYO SOBRE LOS MIPASES DEL GOCÉ

**A.E./3 JULIO HALPERIN DONGHI**  
"HISTORIA CONTEMPORANEA DE AMERICA LATINA"

**A.B./13 OSCAR TERAN**  
"JOSE INGENIEROS: PENSAR LA NACION"

**A.B./14 LUIS A. CHIOZZA**  
"POR QUE ENFERMAMOS?"  
LA HISTORIA QUE SE OCULTA EN EL CUERPO

Distribuidor Exclusivo  
DISTASA - Av. Córdoba 2064 (H120) Bs. As.

Desde el punto de vista teórico, ¿está o no basado en los instrumentos de análisis de Marx el sistema de planificación de los países socialistas?

Lo está y no lo está. Se utilizan las categorías de la economía política de Marx. Pero ésta está contenida esencialmente en *El capital*. De ahí, por ejemplo, la dificultad de adecuar la teoría del valor de Marx a los problemas de la fijación de precios en el socialismo. Según Marx, el sistema de precios estaba destinado a desaparecer en el socialismo tras una etapa de transición. Ahora bien, la teoría del valor, que se adapta a una economía de mercado, es en el fondo una teoría del equilibrio. En el modelo capitalista, ya sea analizado por la escuela de Chicago o por Marx, si se produce un desequilibrio se corrige por medio de los precios. Precios y beneficios, por decirlo así, tienden a restablecer un equilibrio que, en realidad, nunca llega a restablecerse. Pero este mecanismo, que Marx conocía, no existe en el socialismo soviético, dado que los precios son fijados oficialmente y no varían según la oferta y la demanda. Una variación según este último criterio sólo puede ser realizada con pleno conocimiento por los órganos de planificación. Pero en tal caso los precios no expresan, por sí mismos, el valor de uso. Se da después una contradicción inesperada entre el valor de uso, o la valoración de los productos por parte del usuario, y el precio fijado oficialmente. En este punto la teoría de Marx no sirve de la menor ayuda, y se hace necesario buscar algo distinto. A menudo, la crítica contra el sistema socialista soviético, formulada por quienes comparten una orientación socialista, intenta atribuir la culpa dominante. La clase dominante, en el capitalismo o en el feudalismo, la constituyen los grandes propietarios. En la URSS no hay nada de eso. El Politburo no es un consorcio de grandes propietarios. Una vez más nos encontramos en ese caso ante un fenómeno nuevo para el que no valen las viejas categorías de interpretación.

Dentro de los países socialistas se da un máximo de mercado en Hungría y un mínimo en la URSS. ¿Qué papel positivo puede adjudicarse al mercado en las economías socialistas?

Operar sin el mercado supone crear una burocracia hipertrófica que después resulta difícil reducir. Hay, sin embargo, algunos sectores económicos en los que la producción está muy diversificada, en los que se da un gran abanico de posibles modelos —ya se trate de calzados o de herramientas— en los que existen miles de posibles variantes que se adaptan a las necesidades. Sin un mercado, tal adaptación resulta bastante difícil.

En pocas palabras, ¿qué entiende usted por mercado?

El hecho de que la producción y la distribución se hagan por contrato, ya sea directamente entre el proveedor, el productor y el consumidor, ya sea a través del intermediario del comercio. Superponer una planificación centralizada a este tipo de mercado que acabamos de describir comporta pérdidas económicas y consecuencias sociales que, en mi opinión, son desastrosas.

En la economía planificada sin mercado todos los trabajadores, según Schucki, son a un tiempo productores y consumidores. Como productores responden a los objetivos de la planificación, como consumidores piensan en satisfacer sus necesidades materiales a través de la demanda efectiva. ¿Cómo se resuelve esta contradicción?

El consumidor es productor, y viceversa. Pero sólo es cierto en el vértice, por decirlo así, de una imaginaria pirámide gongolosa que lo engloba todo. En la concepción marxista, consumidor y productor entran en estrecha colaboración y se intercambian todos los bienes necesarios. Pero sabemos que las cosas no son tan sencillas, que existe la división del trabajo y de las responsabilidades dentro de esa pirámide. Un productor de camisas y un asistente que consume las camisas producidas por el primero forman parte de la misma sociedad, tanto más si el hijo del productor de camisas asiste a la escuela, pero en definitiva son figuras tan separadas como en cualquier otra parte. Hay sectores en los que esta disgregación simple no es aplicable. Sectores en los que se realizan enormes economías de escala, como el eléctrico, el petrolero, etc., y en los que en todas partes, tanto en Italia como en Estados Unidos, predominan gigantes unidades de producción, a veces multinacionales. Y no está claro si esa, por lo que se trata de, es el punto tiene razón. Sin planificación el mercado queda sin regulación, con todos los riesgos del *laissez faire*. No comparto la fe en el automatismo benéfico del mercado, en sus versiones modernas de la Escuela de Chicago o de Friedman. No comparto esa opinión respecto del mundo occidental y por las mismas razones no comparto la confianza en un *laissez faire* autogestionario o de otro tipo. Hay un economista húngaro, Tibor Liska, que se ha convertido en el Friedman de los países de la Europa del Este. Liska no quiere restaurar el *laissez faire* sólo planificación, pero si se deja sólo el mercado se puede llegar —también en Occidente— a resultados negativos. Hay sectores macroeconómicos en los que asiste a peligrosas fluctuaciones, a eventuales crisis, a tendencias inflacionistas. Por otra parte hay también sectores que no deberían quedar enteramente sometidos al mercado, como la sanidad o la conservación de los bienes ambientales. Por último, siempre se piensa en la producción, pero no podemos olvidar la calidad de vida. Y muy a menudo beneficio y calidad de vida no están, como es notorio, necesariamente de acuerdo uno con otro.

En suma, ¿el mercado es válido sólo allí donde se da el máximo de diversificación productiva?

Digamos que en esos sectores presenta el máximo de ventajas. Pienso, como ya dije, en el sector del calzado, de las máquinas-herramientas, de los restaurantes, de los servicios de todo tipo, de la agricultura, donde la tierra puede emplearse para producir una infinidad de cosas. En esos, donde se da el máximo de diferenciación entre producción y consumo. En esos sectores se producen grandes inconvenientes sin la libertad de mercado. Tomemos el caso de Hungría. Ya sé que no todo está allí en la mejor situación, pero la agricultura funciona bien, debido sobre todo a que no hay consignas obligatorias en una planificación de la producción vinculante. En Hungría, aunque se trate de cooperativas, las explotaciones agrícolas pueden por una parte adaptarse a los intereses y los deseos de sus miembros —cosa que teóricamente es posible también en la URSS pero que de hecho no



sucede — y por otra son libres de elegir la producción que más les conviene.

Se ha mostrado usted crítico ante el modelo de autogestión yugoslava. ¿Comparte la opinión de Sweeney de que hay demasiada libertad de mercado en Yugoslavia?

En Yugoslavia no hay planificación, como ha señalado también Sweeney. Aunque no siempre está de acuerdo con él, en este punto tiene razón. Sin planificación el mercado queda sin regulación, con todos los riesgos del *laissez faire*. No comparto la fe en el automatismo benéfico del mercado, en sus versiones modernas de la Escuela de Chicago o de Friedman. No comparto esa opinión respecto del mundo occidental y por las mismas razones no comparto la confianza en un *laissez faire* autogestionario o de otro tipo. Hay un economista húngaro, Tibor Liska, que se ha convertido en el Friedman de los países de la Europa del Este. Liska no quiere restaurar el *laissez faire* sólo planificación, pero si se deja sólo el mercado se puede llegar —también en Occidente— a resultados negativos. Hay sectores macroeconómicos en los que asiste a peligrosas fluctuaciones, a eventuales crisis, a tendencias inflacionistas. Por otra parte hay también sectores que no deberían quedar enteramente sometidos al mercado, como la sanidad o la conservación de los bienes ambientales. Por último, siempre se piensa en la producción, pero no podemos olvidar la calidad de vida. Y muy a menudo beneficio y calidad de vida no están, como es notorio, necesariamente de acuerdo uno con otro.

¿Pero no cree que existen también particularidades históricas de Yugoslavia mezcladas con los problemas económicos?

Por supuesto, hay que distinguir siempre entre las debilidades del modelo autogestionario en general y la realidad de Yugoslavia, un país compuesto por seis repúblicas, con su nacionalismo. Esta situación produce deformaciones que nada tienen que ver con la economía ni con la autogestión. A eso hay que sumar la política del gobierno. En algún momento las tasas de interés han sido la mitad que las tasas de inflación. Ahora bien, las inversiones que se producen, pero el mercado, con una tasa de interés negativa, tienen efectos distorsionantes, y ciertamente no se puede afirmar que esas tasas de interés distorsionantes sean conformes al principio de la autogestión.

¿Cree, en suma, que la autogestión es un modelo aceptable, practicable, o no?

La autogestión es una idea muy seria, aunque siempre se corren dos peligros: el primero, que los obreros no participen en la gestión de las explotaciones, sin tener derecho a ello.

¿No existe también el riesgo de que los obreros se opongan al progreso técnico?

No lo creo, pues justamente la autogestión les garantiza que no perderán el pues-

to de trabajo, y que las decisiones dependen de sí mismos y no de los capitalistas. El otro problema de la autogestión radica en las diferencias de ritmo. Si los ritmos dependen del buen funcionamiento de la unidad autogestionada, se entra en contradicción con el principio de a trabajo igual salario igual.

¿Puede poner algún ejemplo?

Yo puedo conducir un camión de Belgrado a Zagreb con cinco toneladas de mercancía, y un colega mío, que trabaja en otra empresa y hace la misma labor, puede ganar un 50 % más que yo por razones que no tienen nada que ver con mi trabajo. ¿Es justo eso? También es cierto que eso sucede en las economías de libre mercado, como en la autogestionaria yugoslava, no ya a causa del obrero, sino por cualquier razón imputable a la dirección de la empresa. Es un problema que se plantea en cualquier sistema de autogestión y en cualquier sistema de mercado. Ello no significa que la autogestión sea mala. Muy al contrario: participación significa también manifestación de libertad en el trabajo y responsabilidad, aunque este último aspecto no se tenga muy en cuenta.

En los sistemas socialistas vemos un abanico de situaciones intermedias entre dos polos opuestos: autogestión y planificación central. En Alemania oriental el modelo de planificación soviético funciona mejor que en otras partes. ¿Cómo explica esa superioridad de un modelo copiado de la URSS soviética, donde funciona muy peor?

Está copiado sólo en teoría. En realidad, los alemanes orientales lo han adaptado, y los soviéticos no pueden hacer otro tanto, porque hay una diferencia de fondo entre ambos sistemas de gestión de la economía. La economía germano-oriental está más centralizada, sí, pero en base a *cartels* de productos. Me explico: los responsables de los *Kombinat* de un determinado sector productivo deben responder de la casi totalidad de la producción de bienes que está bajo su control. Ciertamente eso no supone aún una economía de mercado, pero se dan responsabilidades muy claras. En la URSS el modelo germano-oriental no es aplicable, pues la producción está dividida, de forma muy compleja, entre casi todos los ministerios. Tomemos por ejemplo los frigoríficos. En Alemania oriental hay un *cartel* que se ocupa de la producción de todos los frigoríficos, en tanto que en la URSS las competencias sobre este sector se reparten entre una docena de ministerios que controlan empresas que producen multitud de cosas, incluyendo frigoríficos.

¿Esa es toda la diferencia?

Hay una más, pero no querría caer en el etnocentrismo. Los rusos saben muy bien que los alemanes tienen una mayor capacidad organizativa. Cuando pregunté a representantes polacos por qué el modelo germano-oriental era mejor que el suyo, me respondieron: «No es eso, es que nadie ha inventado todavía nada para hacer que los alemanes se olviden de trabajar». Tales consideraciones valen no sólo para Alemania oriental, sino también para Estonia o Letonia. Allí la agricultura, por ejemplo, funciona mejor que en otros lugares, y ciertamente no porque la tierra sea más fértil. Se trata de pequeñas repúblicas bálticas que tienen una tradición de trabajo asiduo y metódico que no tiene parangón en otros lugares. Un colega mío de Glasgow, por ejemplo, ha escrito un artículo muy serio sobre la actitud tradicional hacia el trabajo de los lebaneses. Por otra parte, basta observar el paisaje agrícola de Estonia, ordenado y floreciente, para notar el contraste que se da con el de Rusia, muchos menos prósperos, apenas se cruza la frontera de esa pequeña república báltica. La URSS no es ya la Rusia zarista, pero las tradiciones siguen haciendo pesar sus efectos económicos. Esto, por otra parte, es válido igualmente para Japón. Los japoneses tienen una actitud hacia el trabajo completamente distinta de la nuestra. Son variables que es muy difícil encajar en modelos matemáticos y económicos, pero que no dejan de tener su peso.

El modelo de socialismo posible que usted perfila se parece mucho a un modelo real, el húngaro. Sólo falta la democracia política...

No sólo falta la democracia política, sino también la autogestión, salvo en el sector cooperativo. La economía húngara, por otra parte, no atraviesa un momento fácil actualmente. Hay muchas tensiones que se refuerzan, por así decirlo, recíprocamente. No se sigue verdaderamente la lógica del mercado. Komai, como otros economistas húngaros, hace notar que no existen quebras. Cualquier director de empresa sabe que en el fondo, en caso de desastre financiero, el estado acudiría en su socorro. Falta pues la lógica de la competencia y existe muchas unidades productivas casi monopolísticas. Hungría es un país pequeño que depende en gran medida del comercio exterior y que tiene muchos problemas con los cambios internacionales: los precios, tras la subida del petróleo, han jugado en contra de las exportaciones húngaras. El mercado occidental se ha hecho muy difícil. Y también les resulta difícil la obtención de muchos productos, ya se trate de petróleo o de bienes de consumo de buena calidad. No sólo es difícil el socialismo en un solo país, como se decía en época de Trotsky, también lo son las reformas en un solo país, pequeño por añadidura, como Hungría. Se puede buscar un paralelo con la Francia de Mitterrand, que ha intentado llevar a cabo una política contra el paro, pero que después ha tenido que reducir sus entusiasmos reformadores. Si todos los países de Europa occidental hubiesen seguido su misma política quizá hubiesen obtenido mejores resultados. Lo mismo puede decirse respecto al conjunto de Este y a Hungría.

¿Cómo puede conciliar la democracia política, o un sistema pluralista, con la planificación centralizada?

En un artículo que escribí hace tiempo consideraba que la planificación centralizada presenta algunos aspectos contrarios a la idea misma de un sistema multiparti-

disto. Hoy he cambiado en parte de opinión. No creo que se pueda establecer un determinismo económico: planificación centralizada dictadura-partido único. Y viceversa. La dictadura puede convivir, como de hecho sucede en muchos países, con un sistema de mercado. Basta recordar América Latina, Turquía, etc. Esto vale también para los países socialistas. Se puede tolerar el librecomio y encarcelar disidentes... Pero creo que el socialismo en un sistema planificado se tienen ventajas para que la economía no se desorganice cada vez que se celebran elecciones. Si se hacen planes quinquenales hasta fin de siglo, es necesaria una continuidad. En el mundo capitalista dicha continuidad está asegurada en gran medida por las grandes empresas privadas. Aun cuando a veces lo hacen mal, como ha señalado Leontief, con las incertidumbres que se viven, las tasas de intereses fluctuantes, etc. Los ejecutivos típicos occidentales se preocupan sobre todo de lo que puede ocurrir en los próximos cuatro años. Tienen pues un horizonte limitado. Si se considera además que un ejecutivo americano cambia de empresa cada cinco años por término medio —al contrario que un directivo japonés de Mitsubishi, por ejemplo, que permanece toda la vida—, la inestabilidad es bastante considerable.

¿Y qué sucede en Rusia?

Se da un notable contraste entre la larga vista del político y la miopía de los ejecutivos. Es interesante, por ejemplo, lo que ha sucedido con el petróleo. Právda denunció las catastróficas consecuencias derivadas de una neta disminución de la producción de petróleo, debido al hecho de que las empresas que ejecutaban las directrices de la planificación lo hacían sin tomar las precauciones necesarias para los objetivos del aprovechamiento energético. Tenemos por lo tanto inversiones de largo aliento, con la mirada puesta en el futuro, pero no los organismos de planificación central, que se estrellan contra la miopía de los ejecutores.

¿Pero si se introducen elementos de mercado en la sociedad socialista, no se corre el riesgo —como temen marxistas como Sweeney— de que el mercado tienda después a superar el socialismo, con su lenta acción corrosiva en la historia?

No cabe duda. Siempre existen peligros. Si alguien ejerce un poder, puede abusar de él. Poder y abuso marchan juntos. He leído en Právida, que en una república soviética han sido condenados por corrupción una sesentena de profesores. Peligros existen siempre.

¿Y no existe un riesgo de competencia entre el sector privado y el sector público regulado por la planificación central?

Yo no pienso en un modelo en que el mercado funcione sólo en el sector privado y la planificación sólo en el público. Habla usted de competencia entre ambos sectores, pero ésta puede producirse muy bien dentro del mercado. Por ejemplo, en Hungría hay taxis municipales (sector público) hay taxis privados; ambos se hacen la competencia. Basta ir a Budapest para verlo. A menos que se crea que todo lo privado es más eficiente, en cuyo caso más vale olvidar del socialismo. Ciertamente, la existencia de una competencia real o potencial es de gran importancia, ya provenga de unas unidades estatales o del sector cooperativo o privado. Digo potencial porque toda la mejor literatura occidental subraya su importancia. También los monopolios en Occidente son siempre bajo la amenaza de la competencia. Un economista húngaro me inquirió:



«¿Por qué ponéis límites al sector privado en vuestro modelo? ¿Quizá porque pensáis que sin dichos límites prevalecería?» Y yo contesté: «No, apruebo esas limitaciones por definición». Siempre hay ciertas potencialidades. Una de ellas, que en ciertos sectores una unidad productiva privada tenga un enorme éxito. Cito siempre el ejemplo de Apple respecto a las computadoras. Puede darse un partido fulgurante desarrollo de una empresa en el sector de mercado de una economía socialista. Pues bien, no se trata de cortar su desarrollo. Simplemente, dicha empresa cambiará de categoría. Los propietarios se convertirán en gestores, directores. Ojalá que de una cooperativa o una empresa autogestionada, si se hace aún más grande.

Pero hay un doble peligro en ese modelo socialista. Uno, la tendencia del sector privado a expandirse irresistiblemente. Otro, que al liberar la economía, ésta se mantiene, pueden perder tentaciones represivas. Y eso puede poner en peligro la democracia política.

No, porque en mi modelo cualesquiera

que sean los límites se imponen de manera democrática. Evidentemente, el hecho de que algo sea impuesto por votación no significa que contente a todos cuando se vota un aumento de impuestos, quienes han de pagar más no se muestran alegres. Así, hasta leyes o reglamentos relativos a planificación regional pueden impedir a algunos hacer fortuna. Pero si se hace por la vía democrática, los límites así impuestos pueden ser cambiantes. Como explico en mi libro, si se da un riesgo de desempleo, los límites no han de referirse necesariamente al número de personas que trabajan, sino que podrán referirse al valor del capital. Depende de las situaciones.

¿Su modelo de socialismo posible es una crítica a los límites y las insuficiencias del modelo socialdemócrata? ¿Hay consideraciones, sin embargo, que dentro del modelo socialdemócrata existen muchas vertientes. Por ejemplo, tenemos en un polo a Austria, con dos tercios de la economía bajo control público, y en el otro a Suecia, donde el sector público apenas alcanza el 5 %.

Los socialdemócratas gobiernan desde hace tiempo en Suecia. Tienen un buen modelo, contra el que nada tenga que oponer. El modelo que usted llama sueco o austriaco es el único modelo occidental casi socialista aceptable por una base electoral mayoritaria. Un electorado que no desea en absoluto dar un paso más hacia un socialismo integral. Acepto pues de buen grado el modelo socialdemócrata. Mantiene su validez a pesar de sus eventuales dificultades. Es una opción posible. Simplemente, no considero que Suecia sea una república socialista, y no sólo por que tenga un rey. Como tampoco considero a Austria un país socialista, si bien no es ésta una razón para criticar a ambos países. Preferiría de hecho vivir en ellos antes que, pongamos, en Rumania. No se trata pues de formular una alternativa a las insuficiencias del proyecto socialdemócrata. En mi libro he tratado simplemente de perfilar un modelo socialista en sentido estricto, sin erigirlo a través de una crítica de las experiencias socialdemócratas. Pero si usted quiere el socialdemócrata e incluso un modelo liberal, capitalista, si se han elegido democráticamente no hay en verdad motivo para criticarlos.

¿Cuál puede ser el motor de la transición del socialismo "real" al socialismo?

La revolución política puede afectar la economía, y viceversa, pero no existe un determinismo rígido. Quien desea una democratización en estos países, es partidario de una forma económica, pues, aunque no exista un nexo directo entre ambas, la última facilita las cosas. Y eso introduce transformaciones moleculares que pueden facilitar el paso a la democracia política. He dicho que "pueden", porque no siempre necesariamente así, dado que a veces los dirigentes temen que su poder se vea amenazado.

¿Pero qué empuja hacia tal reforma?

A mi juicio, ya no la opinión pública, que no comprende bien estos problemas, sino sólo el mal funcionamiento del sistema. Si el sistema respondiese a las órdenes y los deseos de los dirigentes no habría motivos para modificarlo. Pero no es así. Por ejemplo, se desea un progreso técnico acelerado y, por el contrario, se tiene un crecimiento ralentizado. Gorbachov dice que es necesario actuar, reformar. Cuando Gorbachov dice que "la suerte del socialismo en el mundo y el futuro de nuestro país dependen en buena parte de nuestra capacidad de hacer funcionar bien la economía", se ve claramente que no se trata de presiones desde abajo, sino todo lo contrario. Al igual que en China, por otra parte. Después de todo, las reformas chinas de Deng no han sido pedidas por la opinión pública, sino que vienen de arriba. También la reforma húngara ha sido impuesta —y la población quizá lo ha aceptado— con decisiones tomadas desde arriba. Así pues desde arriba tiende a verse mejor hasta qué punto lo que sucede no está conforme no ya con un abstracto principio de ciencia económica, sino incluso con los propios deseos de los dirigentes, que se ven deformados por el sistema. Cuando no es posible obtener zapatos de una determinada calidad y forma, como sucede en algunas ciudades, no se debe a un deseo de los dirigentes. Estos, en realidad, desearían lo contrario. Pero no son capaces de garantizarlo. En mi opinión es la lógica misma del sistema la que exige que cambie. El hecho de que el sistema se desarrolle crea nuevos problemas. El sistema estatista tuvo antaño una cierta lógica interna; hoy día está superada. Y la idea de tal contradicción no es totalmente antimarxista.

## CATALOGOS SRL

Distribuidora de libros  
Importación  
Exportación

Eduardo Galeano, Memorias del Fuego III:  
El siglo del viento Ed. Siglo XXI

Colección Armas de la Crítica

Dirigida por David Viñas  
Diana Guerrero, Art. El habitante solitario  
Rosmary Jackson, Fantasy  
Literatura y subversión  
Catálogos Editora

Colección Temas Cruciales

Alfonso, Calero, Alende, Frigero, Zamora,  
Suelo, Altamira, Adonde va el afonismo  
Catálogos Editora

Gerard Pommier, Cuestiones  
(sobre el fin del análisis)  
Catálogos Editora

Pidal en su librería o en

AV. INDEPENDENCIA 1860 - Tel. 38-5708  
(1225) BUENOS AIRES - ARGENTINA

París 1986

## La calle socorre a la democracia

Isidoro Chereski

Como en 1968, el estudiantado francés ganó las calles, pero sus banderas parecen ser otras: el "prohibido prohibir" fue sustituido por "no toques mi compinche", lo que parecería indicar una valorización prioritaria del tema de los derechos humanos. ¿Será acaso la señal —tal como opina Touraine— de un ingreso a una nueva cultura política? Esta vez el mensaje parece ser más difícil de descifrar. Chereski lo intenta.

El movimiento se inicia el 18 de noviembre cuando una universidad parisense relativamente marginal, Villenaveux, se declara en huelga. En los días siguientes otras universidades capitalinas se unen al movimiento que se extiende también a cuarenta ciudades de provincia.

Si los activistas de la UNEF-ID, con hegemonía de los socialistas y sus aliados, desempeñaron un papel indudable en el desencadenamiento y la extensión del conflicto, al cabo de una primera fase inicial la tónica estará dada por la autonomía, el apertadismo y hasta la resistencia al control general. En los estados generales estudiantiles originariamente convocados por la UNEF-ID esta organización se desdibujó e intentó ser sustituida por la aparición de un diseño secundario, surge entonces la primera coordinación nacional, dirección colectiva y transitoria que expresa la voluntad de no dar marcha atrás a estructuras estables y una vocación de democracia directa que provoca la reelección o reemplazo de los coordinados de 35 universidades, el gremialismo. Este espíritu atraviesa todos los niveles del movimiento. En los días previos a la primera manifestación nacional fijada para el jueves 27, en coincidencia con el inicio del debate en la cámara, el movimiento se extendió a los colegios. A la espontaneidad de un movimiento publicitado por los medios de comunicación —la función propagadora de las imágenes televisivas merecerá un análisis por separado— se suman las redes informales de SOS Racismo, que ya habían demostrado en el pasado su predicamento entre los adolescentes. La primera demostración (doscientos cincuenta mil manifestantes en París y otro tanto en el interior) coloca al desafío estudiantil en el centro de la escena política. El proyecto de ley es devuelto para su examen en comisión parlamentaria, en tanto que el primer ministro intenta apaciguar a los jóvenes sosteniendo que el conflicto se ha creado porque "no han entendido el texto"; este modo de eludir un debate en el terreno de los principios será mal recibido por un movimiento que se había constituido sobre la base de provocar una discusión en la oposición política. Sólo una selección de la oposición política y la presencia de su tratamiento en diputados del claustro estudiantil comenzó a desprenderse.

El proyecto de ley de universidades, presentado por el ministro Devaquet en junio de 1986, no parecía destinado a las relaciones políticas salvo en los círculos más desnutridos del propio gobierno, que lo consideraban excesivamente moderado. Sus disposiciones esenciales se orientaban a favorecer la selección a lo largo del *curriculum* universitario, la autonomía de decisiones para cada universidad tendiente a estimular entre ellas la competencia una imagen de calidad, y el vínculo más estrecho de los estudios con la demanda ocupacional suponiendo la conveniencia de acuerdos con las empresas con vistas a la obtención de financiamientos privados.

Simbólico de las posibilidades abiertas por un texto ambiguo, la tradicional garantía de acceso de todo graduado del segundo ciclo a la universidad aparecía ahora incierta. La autorización dada a cada centro de enseñanza para fijar el monto de la matrícula dentro de límites establecidos nacionalmente era también un símbolo de un cierto tipo de selección. Quien quisiera estudiar mejor debería pagar más, aunque por el momento las sumas fueran írisorias. A fines de octubre el proyecto fue aprobado por el Senado sin que hubiera suscitado reacciones significativas en los medios universitarios o en la oposición política. Sólo una selección de la oposición política y la presencia de su tratamiento en diputados del claustro estudiantil comenzó a desprenderse.

El movimiento no cesa de extenderse y se hace permanente con la ocupación de facultades; la incoherencia gubernamental contribuye a su radicalización: el reclamo de retiro total del proyecto se generaliza. La manifestación de la oposición política, considerada como la prueba decisiva al punto que el propio Ministro de Universi-

dades había declarado que la suerte de su iniciativa dependía de la capacidad de movilización que demostraran tener sus adversarios, reunió, según las estimaciones más reservadas, 600.000 participantes.

Ese día, culminando una marcha festiva, los estudiantes se concentraron en la Plaza de los Inválidos, a unos quinientos metros de un parlamento protegido por barreras metálicas y muchos policías, y esperaron los resultados de la entrevista de la Coordinación Nacional con el Ministro de Educación. La *soifé* debía culminar con una gran fiesta animada por los ídolos de la generación solidarista y no violenta: Renaud, Higelin, Lalanne. Los asistentes, constataando el éxito de la marcha, esperaban que su reclamo sería satisficido.

En realidad, esa noche se inició una escalada de violencia. Azuzados por un núcleo reducido de jóvenes agresivos que desafían las directivas de la Coordinadora Nacional, los "cuervos republicanos de seguridad" se abocan, al caer la noche y cuando los organizadores después de anunciar los resultados negativos de la audiencia ministerial emprendían la desconcentración, a dispersar los asistentes. Las cargas, acompañadas de lanzamiento de granadas lacrimógenas ("a tiro vertical", terminan por dejar un saldo de tres heridos graves).

Al día siguiente un grupo de policías motorizados y armados de bates, cuya misión es aterrorizar a manifestantes y pasantes, incursiona por las calles del Barrio Latino, y un estudiante francés de origen argentino es muerto como consecuencia de una intervención.

En ese fin de semana París es sacudida por numerosas manifestaciones espontáneas, y aunque las directivas pacifistas se mantienen, se producen enfrentamientos violentos y víctimas políticas y civiles. Con todo, la ciudad no conoció ni las barricadas ni las batallas campales características de otros tiempos.

El gobierno, que luego de la gran manifestación había insistido en la posibilidad de retirar los artículos cuestionados del proyecto de ley, será responsable de la acción política. Ante la intransigencia de la oposición política y la evidencia de que parece gozar de las simpatías de la población, el primer ministro Jacques Chirac prefiere declararse derrotado para evitar que la situación empeore. El 8 de diciembre anuncia el retiro del proyecto Devaquet y poco después el Ministro de Educación adopta un diseño secundario con los proyectos de reforma de la enseñanza media.

### Crisis del conservadorismo liberal

El 10 de diciembre, con una mezcla de alegría y melancolía, una marcha en las que se codeaban padres y alumnos, a las que se habían sumado algunos activistas sindicales, epilogó la epopeya celebrando el triunfo y lamentando la muerte —provista de connotación santa, según la opinión generalizada— de uno de sus suyos. La consigna que presidía el desfile, "Nunca más esto", ilustraba el sentimiento de desazón existente.

La Coordinación Nacional, luego de aceptar a sus representantes la inscripción en las listas electorales, se autoconvocó con la promesa de convocar nuevos estados generales estudiantiles para el mes de marzo.

En el lapso de dos semanas, un movimiento generado en torno a un reclamo categorial se había politizado ostensiblemente. Si bien es cierto que la referencia a valores igualitarios y solidaristas estuvo presente desde el inicio, y los reclamos que se hicieron se fundaban en ellos, la politización, más directa y perceptible en la fase final, resultaba de una evolución que llevó a generalizar la oposición al gobierno y a buscar su derrota. Celosos de la especificidad de su movimiento, los estudiantes no tardaron en percibir la reforma universitaria como parte de una política conservadora global; del mismo modo, para ellos el autoritarismo connotaba tanto la ausencia de consulta en la adopción de las políticas educativas como las políticas represivas de mantenimiento del orden público.

A esa altura la poca disposición a negociar se correspondía con la nueva naturaleza de la confrontación. La oposición al gobierno, que hasta entonces había tenido un sentido literal de sus disposiciones, y aun el marco de la política universitaria, para transformarse en el símbolo del rechazo a la actuación del gobierno. Esta tendencia a la politización contradecía —de ahí la sorpresa de la mayoría de los observadores— las soluciones dogmáticas y puramente competitivas que la sociedad y en particular la juventud parecían dispuestas a aceptar, según los indicadores disponibles hasta ese momento.

¿Pero hasta qué punto el diagnóstico sobre la propensión individualista y reduccionista a la acción colectiva era totalmente inexacto y las nuevas tendencias no debían ser interpretadas más como resultado de una elaboración de la experiencia que como la revelación de disposiciones ocultas?

Puede pensarse que la referida elaboración se vio por primera vez en un momento de privilegio del discurso convocador: el de la seguridad pública y el de las libertades. En realidad estos dos aspectos se articulan con dificultad y la simplificación puede conducir a esgrimir uno en detrimento del otro. Una cierta concepción de la seguridad fascista a la verificación, el racismo, el repulgue sobre sí mismo como conducta pública, exaltada con propósitos demagógicos, se practica a expensas de las libertades públicas y esa experiencia la vivió el movimiento en su fase final. En la muerte de un estudiante se vio un accidente o un desenfrenado aislado sino la consecuencia de una política conscientemente adoptada y que había

cobrado otras víctimas "al azar" en el pasado reciente.

La politización basada en la ética tiene antecedentes en los movimientos antirracistas, de ayuda social y de asistencia internacional; pero con el movimiento de los jóvenes del otoño del 86, la mayoría, que había permanecido al margen de tales iniciativas, fue atrapada en nuevas redes de sociabilidad. Por ello se afirma que esa experiencia común marca el ingreso de toda una generación a la vida social por sobre los clivajes políticos tradicionales.

Los propios gobernantes percibieron la amplitud del viraje en el clima social y su carácter no cívico; decidieron, en consecuencia, poner en sordina la "revolución liberal" y retiraron los proyectos de ley que esperaban ser tratados inminutamente; la reforma al Código de la nacionalidad —que incluía disposiciones presuntamente restrictivas para el acceso a la ciudadanía de quienes, habiendo nacido en territorio francés, fuesen hijos de extranjeros—, la penalización del consumo de drogas y la privatización de las arcas.

Des de movimiento triunfante, más allá del logo de sus objetivos inmediatos, resulta aún prematuro efectuar un balance. Los interrogantes superan las certezas. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, se trata de una generación moral, sintoma o gestora de una nueva cultura política?

¿No se tratará acaso de una confluencia episódica en torno de una acción puramente defensiva, incapaz de enunciar una propuesta positiva, y carente en consecuencia de futuro? Y si así fuera, ¿la incapacidad para construir una propuesta no comienza por la dificultad en afrontar el problema real de la orientación y la selección en la Universidad?

### La pasión por la democracia directa

Los acontecimientos de diciembre han provocado interpretaciones dispares. La propia naturaleza del movimiento es calificada de modo muy diferente por unos y otros, sin que esta discrepancia coincida fuertemente con clivajes políticos. Para unos el espíritu revolucionario de dos décadas atrás fue sustituido por nuevos valores: "En el plano ético, el 'fraternalismo' juvenil se ha despertado y se encontró en conjunción con el nuevo enraizamiento de la juventud en valores que demuestran que los seres humanos que han florecido sobre las ruinas del marxismo dogmático" (Edgard Morin, en *Le Nouvel Observateur*, 12-18/10/1986).

Los pronósticos sobre una juventud por la lógica del mercado parecían infundados. "No, como se dice, un retorno al realismo. No al pragmatismo juicioso y un poco triste de una juventud de regreso de un sueño, del ideal, de la utopía. Sino una utopía que, aun más fundamentalmente, ha cambiado de objetivos. La insurrección está ahí. Las fuerzas de rebeldía están más o menos intactas" (Bernard Henry Lévy en *Globe*, 12-18/1986).

En realidad, el movimiento aparece como el síntoma de una nueva época, "el gran vuelco político que se produce en un período de un inabismable siglo XIX comienza a realizarse. Entramos en una nueva cultura política, en un nuevo espíritu democrático, sin el cual los problemas sociales y económicos son insolubles" (Alain Touraine, en *Le Monde*, 30/11/1986).

Por el contrario, hay quienes perciben en el movimiento un déficit de simbolización: "Nunca más esto" [...] Es como "No toques mi compinche" o consignas defensivas, autodefensivas [...] O la extrema violencia que se extrema cordialidad, o sea un discurso ni a la verificación, ni al odio. Los dos son la emana-

ción de una sociedad débil [...] Un movimiento que muestra su debilidad, su incapacidad de superarse y hablar" (Jean Baudrillard, en *Libération*, enero de 1987).

Detrás de la reacción colectiva asomaría, según otros, la deflagración de intereses individuales: "Hablur de generación moral me parece muy exagerado [...] El individualismo contemporáneo no es sólo un retroceso sino tiempo. Exacerba la búsqueda de la autonomía individual. Esta puede poner millones de personas en la calle. Al mismo tiempo que los seres son devueltos permanentemente a su autonomía individual, que abandonan los grandes discursos de sentido, las grandes utopías revolucionarias, simultáneamente se disponen a acordar un lugar preponderante a la defensa de los derechos humanos" (entrevista a Gerard Lipovetsky, en *Libération*, cit.).

En este marco de interpretaciones críticas, la lectura más optimista vería en el movimiento una reacción de conservadismo repulgue: un movimiento que se autoconvocaría por el desenfrenado que de aquí en más la vitalidad cívica apunta a la salvaguarda del ya adquirido y de los costumbres esenciales (el ingreso libre y gratuito de los graduados de la enseñanza media en la Universidad sería parte de aquellos).

En definitiva, no habría sino una lección a extraer de los acontecimientos: gobernar por el consenso, evitar el choque con los tabúes" (Paul Thibaud en *Libération*, cit.). Pero de comportamientos básicamente irresponsables para la posibilidad de enfrentar el movimiento "no desembocó en una participación igualitaria con los adultos en el debate, sobre una actitud de hacerse cargo de los problemas" (Thibaud, loc. cit.). dado que la coordinación del movimiento prefiguraba una acción colectiva.

Esta controversia ilustra las múltiples facetas de los acontecimientos recientes, la diversidad de interpretaciones que albergan, pero sobre todo la indeterminación del curso futuro.

Dejando en suspenso la búsqueda de una explicación por el profundizar la interpretación de la dimensión democrática que nos parece ser la más novedosa. Por su forma y sus postulados la movilización estudiantil contrasta con las características habituales de la acción de masas.

Es cierto que se trata de un movimiento relativamente silencioso, de modo que más allá de lo explotado sobre todo en su fase final (antirracismo, solidarismo, respecto de las instituciones) importa destacar sus modos de acción. Lo significativo, más que los vínculos instrumentales, es una estructura de relaciones que se conforma de una trama de intercambios y lealtades, en un medio —como es el universitario— poco socializado. Quienes vivieron ese período excepcional, de intensa convivencia, creen haber creado los vínculos capaces de superar el individualismo cotidiano. Esta dimensión cultural, aproxima diciembre del 86 a mayo del 68, aunque ella es común a todas las experiencias colectivas importantes. Sin embargo, en este caso, las nuevas identificaciones tienen un sentido distinto y probablemente una estructura interna que no se trata de conformar una común en ruptura con los valores establecidos.

Las manifestaciones reunieron cientos de miles de participantes; cada una de ellas recogió los frutos de una actividad política que se dio en la calle. En la calle fue la fuerza de cada uno, el receptáculo de una imaginación que desbordaba el oficio de especialistas. Si la violencia apareció como marginal e incongruente fue porque no cuajaba con un modo de ser que se dio en la calle. En la calle fue la simbolización, la identificación, la radicalización, que en el deseo de destruir al adversario,

La mayor energía social acaso se desplegó en el interior de los recintos, en la deliberación. La participación individualizada y formal insufla lo esencial de las jornadas de huelga y ocupación. En la ausencia de una fuerza hegemónica, o de la puja entre fracciones organizadas, la simple controversia entre oradores no investidos, incluyendo la intervención polémica de no huelguistas, daba la tónica. A veces se prefería el voto secreto con control de documentos estudiantil al brazo alzado del sufragio público.

En muchos casos, en períodos de interrupción de clases, sobre todo en los colegios, practicaron la huelga a la "japonesa": asistencia normal a los cursos, pero indicando la adhesión a la huelga por medio de una cinta anudada en el brazo; a veces incluso estos "huelguistas" reclamaban que se les computara ausente. La vocación explícita de evitar la constitución de un liderazgo personalizado —habitualmente sustentado en vínculos ideológicos— completa la dimensión democratizadora de un movimiento que quiso que su palabra pasara por múltiples voces y que eludió toda corporización.

La no violencia fue también otro rasgo de este movimiento. La gran mayoría comenzó con esta vocación, y en ella los manifestantes no descubrieron esta vez "bajo los adosquines la playa", pese a las incitaciones diversas a las que fueron sometidos. En los momentos álgidos, "la sentada" exteriorizaba corporalmente la disposición pacífica yataba así la posibilidad de enfrentamientos. Ya en la fase final del movimiento, ex sesionistas y miembros de organismos privados de ayuda internacional crearon un cuerpo de "cascos blancos", cuya misión fue formar un *no man land* en torno a las manifestaciones, para evitar que se produjera en caso que hubiese peligro de choques.

De este modo, ante la pérdida de credibilidad o de eficacia de las instituciones estatales, la sociedad hacía emerger de seno autoritario una fuerza que, aunque fuera el monopolio de la fuerza física, se la suponía dotada de la fuerza moral necesaria para ser respetada. Comportamientos que desandan el camino jacobino que caracteriza las tradiciones francesas.

### ¿Democracia representativa versus democracia plebiscitaria?

Lo sorprendente con este movimiento es que, a diferencia de lo que pasó con otras grandes olas del pasado, no se inscribe en una perspectiva de cambio radical del orden social. Y sin embargo hay quienes ven en el éxito que ha tenido en lograr sus objetivos, una amenaza al orden político. Es cierto que la manifestación, y más generalmente la expresión pública y directa del descontento sectorial, apareció como un fuente alternativa de legitimidad. A partir de cierto momento, reunirse frente al parlamento no tenía la finalidad de recordar una presencia o de expresar un desacuerdo que influyera en el debate parlamentario, sino de reclamar imperativamente un alineamiento de lo legal sobre "lo real". La voluntad popular estaba en la calle.

Varios intelectuales se han interrogado sobre esta paradoja del movimiento democrático: otros han criticado la posible lección extraparlamentaria de los acontecimientos.

En el contexto francés este comportamiento puede ser visto como particular. El movimiento se produjo sólo nueve meses después de las elecciones legislativas que habían consagrado una mayoría parlamentaria conservadora con una plataforma que incluía la supresión de la ley de la solidaridad vigente bajo el gobierno socialista.

Quizá el problema del agente con-

flicto de mandatos no pueda ser abordado contraponiendo una voluntad emergente de las urnas a la de un sector particular que la resiste, ni creyendo por el contrario que en unos pocos meses la ciudadanía sufre un cambio de ciento ochenta grados.

¿Hasta qué punto los cuerpos electorales se pronuncian por plataformas electorales detalladas o, más bien, califican la gestión gubernamental? Si se adjudica un sentido limitado al pronunciamiento electoral resultará menos sorprendente que en ciertas circunstancias se generen movimientos de resistencia, ante tal o cual aspecto de la política gubernamental, que desborden los clivajes políticos. A ello se agregan otras particularidades nacionales. La sociedad francesa, que aún en los 70 estaba políticamente dividida en dos grandes campos que ofrecían "alternativas de sociedad", se encuentra actualmente ante opciones más limitadas. La experiencia de gobierno de izquierda contribuyó a la difusión de ciertos valores solidaristas, pero al mismo tiempo disipó las ilusiones de una "ruptura" anticipalista. Más aún, los socialistas terminaron su experiencia gubernamental en un clima de decepción por no haber podido superar, con las reformas que introdujeron, algunos de los males que ellos mismos aquejaban a los sectores populares, especialmente el de la desocupación.

Es decir, que por una parte la sociedad francesa es entonces más consensual, pero a la vez las alternativas políticas de izquierda adolecen aún de la crisis de la representación política y de los proyectos de cambio radical de sociedad.

Si en general el juego político institucional no puede aspirar a ser la expresión exhaustiva, o el único canal de resolución de los conflictos sociales, las circunstancias actuales refuerzan estas limitaciones. Por otra parte, en las sociedades desarrolladas se observa una crisis del asociativismo tradicional, particularmente del sindical, de modo que si se une a ello la aparición de nuevos espacios de identificación y focos de conflicto —los reclamos pacifistas y ecológicos son un ejemplo de ello— se puede prever que la manifestación, y más ampliamente la acción extrainstitucional, seguirán siendo una componente importante del juego democrático. ¿O una amenaza?

El movimiento de la existencia de relaciones de dominación y de conflictos de intereses es el fundamento mismo de la sociedad democrática, pero esas relaciones y conflictos no pueden ser objeto de una institucionalización exhaustiva. La democracia reside en las instancias de representación política y social, pero al mismo tiempo designa valores de igualdad y libertad que, como tales, no están nunca realizados. En consecuencia, la participación democrática conlleva tanto el cuestionamiento, sustentado en esos valores, de las relaciones de dominación y la activación de los conflictos y por ende la desestabilización de las instituciones, su crítica, la posibilidad de su cambio.

En el caso francés, el reciente movimiento tal vez reinstale un espacio de representación política y social, pero al mismo tiempo designa valores de igualdad y libertad que, como tales, no están nunca realizados. En consecuencia, la participación democrática conlleva tanto el cuestionamiento, sustentado en esos valores, de las relaciones de dominación y la activación de los conflictos y por ende la desestabilización de las instituciones, su crítica, la posibilidad de su cambio.

NOTA  
1 Tal es el tema reproducido en cientos de miles de insignias que los jóvenes franceses prenden en el ojal, promovido por la organización SOS Racisme.

## Puntos del debate

## Teología, dialéctica, guerra

Jorge Dotti

Con el recurso a la elusiva metáfora del "coquetea", Marx alimenta interpretaciones disímiles y enfrentadas de su relación con Hegel. ¿Cuál es el tributo que su concepción de la historia y de la política paga por la utilización de esa herencia teórica tan discutible: la dialéctica?

realización de la racionalidad absoluta. Una impugnación que se asienta en posiciones —diríamos— empiristas, apologetas de la individual y concreto en su sentido más llano. Frente a la universidad formal del derecho y a la "abstracción" del sujeto político (el estado) en Hegel, Marx reivindica como motor de la historia contemporánea la sociedad civil, el egoísmo del propietario privado inmerso en el mercado, los conflictos de clase. Pero por otro lado, Marx concede simultáneamente a Hegel el mérito de haber vislumbrado la forma del movimiento peculiar de las condiciones socioeconómicas modernas: la oposición dialéctica. En su mismo misticismo metafísico, Hegel habría captado lo distintivo de una realidad mística. El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable. El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable. El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable. El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

El "estado ético" es una fantochada, pero el inevitable fracaso de esta "conciliación" hegeliana (ilusión y no-moral porque basada en una metodología viciosa), la transforma paradójicamente en espejo de una situación histórica donde reina el antagonismo inconciliable.

por estéril, para comprender científicamente el capitalismo. Para ello opera una corrección que purifica la dialéctica de la niebla idealista en que se hallaba envuelta. Cuanto menos científica es, en su versión hegeliana, más científica resulta —luego de esa purificación— para acceder a una realidad en sí misma contradictoria. Basta enderezar o reinvolver los términos en que fue articulada por Hegel.

Ciertamente, la metáfora del "ko-ketteren" oculta la sutileza del giro cooperativo que Marx piensa haberle imprimido a este paradigma. Ante todo, Marx encuentra que el movimiento de lo real obedece a los siguientes esquemas de oposición: (a) entre dos entidades, entidades o principios, que no necesitan complementarse pues gozan de independencia y personalidad fuera del antagonismo. Pero que, en caso de producirse su enfrentamiento, provocan un "choc" total, sin posibilidades de conciliación, y generan una realidad novedosa; diversa a la condición original de cada uno. Es el comportamiento propio de los *contrarios*. (b) Entre dos lados o momentos internos a una misma esencia, principio o género común. Ambos polos se necesitan mutuamente, ya que alcanzan significación sólo en la atracción/repulsión recíproca. Son

inscindibles y viven exclusivamente en su confrontación, sin que de él surja nada nuevo, ninguna situación diversa a la que configuran como irresoluble oposición interna. La mediación y aun la conciliación son posibles, pues no hay un enfrentamiento entre contrarios. Más bien entablan una relación insuperable, pues la subsistencia de esta polaridad garantiza la del sistema mismo que la engloba. Así se comportan los *contradictorios*.

Marx enriquece la lección aprendida en fuentes tan heterogéneas como Trendelenburg y Feuerbach (a saber: que el sistema hegeliano es una confusión artificial de ambas oposiciones) con su personal insistencia en que la universalidad superior propuesta por Hegel no concilia ni "supera" nada: simplemente cambia el nombre de las cosas, sin comprenderlas ni modificarlas. La lección que no aprende, o —si se quiere— el componente hegeliano que Marx no logra desprenderse, es la atribución de un carácter real y fáctico a ambas oposiciones, es decir, también a *b*. Sólo que en Marx esto da lugar a una tercera variante: (c) oposición dialéctica entre dos extremos contradictorios, donde uno es activo (dicta la ley del movimiento) y el otro es su "reflejo", es lo puesto como opuesto; y donde hay una unidad superior ni armonizada alguna. Asimismo —esto es fundamental para la génesis del materialismo histórico—. Marx encuentra el lado dinámico de este nexo típicamente moderno en las relaciones socioeconómicas de la sociedad civil, tejidas por engranajes de realidades o realizaciones, una de las cuales toma la configuración de la reflexión dialéctica, esto es, sigue una forma de realización autogenerativa, alienada. En el capitalismo, en cuanto cumplimiento de la lógica de la propiedad privada, la universalidad/socialidad distintiva del hombre como productores privados independientes, Robinsons compitiendo en el mercado.

El enderezamiento de la pareja de opuestos eliminaría la distorsión idealista que salvaguarda la "falsedad" del discurso, imagen fideísta de una ontología que tiene en la privacidad y el egoísmo el impulso motor, y en lo público la apariencia funcional a esa dinámica "contradictoria". Es con este esquema que Marx emprende el análisis de la formación económico-social "capitalista", integrando esta herencia filosófica (las ideas de contradicción real, alienación, negación de la negación, unidad originaria del género humano) con otra, proveniente de la ciencia económica, de modo de armar una crítica de la economía política. Las dificultades insalvables con que se topa este proyecto (y la teoría de valor es el *hic Rhodanus*) no parecen ser ajenas a un conculio tan problemático. Porque el eje conceptual a lo largo del cual Marx va desplegando sus categorías es esa comprensión de los acontecimientos humanos parasitíficos por antonomasia, esa exasperación poética tan rica en consecuencias prácticas, que es la *filosofía de la historia*.

## III

Afirmar la contradicción de lo real (aunque más no fuera, de tan solo un segmento de realidad, i.e. de una época histórica precisa), pero simultáneamente rechazar el trasfondo idealista que le da a esta descripción su auténtica significación especulativa, obliga a Marx a recurrir a una subrogación que desempeñe una función equivalente a la que cumple la "razón absoluta" en la filosofía hegeliana. Es decir, debe abandonar —consciente

habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni dieron gracias, antes se desvanecieron en sus discursos, y el nuevo corazón de ellos fue enterbrechido. Diviniéndose en rabillos, se hicieron fatios, y bieron la

concupiscencias los unos con los otros, comiendo carnes nefandas hombres con hombres. Je como a ellos no les pareció tener a Dios en su noticia, Dios los entregó a una mente depravada, para hacer lo que no conviene. Estando atetados de toda iniquidad, de fornicación, de ma-



o inconscientemente — su defensa de lo empírico y material frente a lo abstracto e idealizante, e invocar una instancia que escapa a toda verificabilidad y que opera como criterio evaluativo de la inversión y condiciones reales, expuestas y denunciadas. Una instancia ideal que a su vez no debe representar ningún tipo de pauta ética o de modelo prescriptivo, pues lo que está en juego es una "investigación científica libre", análoga a la del "físico" que observa los procesos naturales (como leemos en los prólogos a *El capital*). Una instancia ideal que no puede ser postulada, ya que, en caso contrario, el capitalismo sería contradictorio respecto de qué? Esta función paradigmática —sustituta de la concepción de la esencia humana, con la que Marx propone —en clara fuertemente antidualista— la aristotélica sociabilidad natural del hombre.

Esta esencia o "cualidad social" va conociendo a lo largo de la historia distintas configuraciones o realizaciones, una de las cuales toma la configuración de la reflexión dialéctica, esto es, sigue una forma de realización autogenerativa, alienada. En el capitalismo, en cuanto cumplimiento de la lógica de la propiedad privada, la universalidad/socialidad distintiva del hombre como productores privados independientes, Robinsons compitiendo en el mercado.

La "insoportable sociabilidad" capitalista representa el momento de ruptura en que se ha descompuesto la comunidad primitiva. Es una formación histórica donde la totalidad del trabajo humano, el conjunto de tareas que conforman la productividad social, no constituye la realización inmediata de la naturaleza política y abierta a toda posibilidad de exteriorización propia del hombre genérico. Por el contrario, es su objetivación negativa o contradictoria. Y es negativa porque la propiedad privada y el mercado actúan como mediación artificial, como distorsión de la relación positiva de las capacidades personales, como coacción que obliga al hombre a aislarse y a enfrentarse con los otros hombres en un antagonismo clasista.

Por asimismo, este momento de ruptura de la unidad primordial abre la puerta de la unidad recomposición en un nivel superior, ya que la noción misma de "caída" cobra significación en vistas de la "redención". La pervenencia del módulo dialéctico determina así también esta formulación revolucionaria de la mejor escatología judeocristiana: la Absoluta reaparece ahora como esencia humana, operando negativamente consigo misma (alienándose)

se) y reconstruyéndose al final de su desarrollo trágico. El comunismo, meta que condiciona teleológicamente el movimiento de la historia, constituye la objetivación *no contradictoria* de esa esencia. En el capitalismo, la propiedad privada impone a los nexos comunitarios la necesidad de autogenerarse para poder alcanzar su destino: el producto de la praxis humana naturalmente destinado a un consumo social, debe negarse como algo ajeno y presentarse como lo otro de sí, como mero portador de valor, para realizarse; el trabajo individual alcanza reconocimiento como alícuota del trabajo social, sólo si se niega en lo que tiene de concreto y cuenta con el trabajo abstracto, etc. En la sociedad de la transparencia por el contrario, las actividades laborativas se integran armoniosamente. Lo que el hombre tiene de universal (su sociabilidad) es así real, y lo que tiene de particular (desempeño tal o cual tarea específica en la división del trabajo) se universaliza efectivamente, puesto que junto con la propiedad privada desaparecen las mediaciones que opacan: el mercado y la política.

En este punto, la dialéctica ejecuta su cabriola más espectacular. Marx, que partió de una reivindicación nominalista y materialista de lo individual y concreto, frente al realismo metafísico del logos hegeliano, concluye haciendo suya la crítica romántico-organista al "entendimiento"; pero sosteniendo simultáneamente —en la línea del mejor positivismo— una visión tecnocrática y neutralizante de una

convivencia bajo la égida de la ciencia, sin conflictos de clase y "en libertad".

Finiquitada la "prehistoria de la sociedad humana", el estado desaparece pues desaparecen las condiciones sociales que imponían al tejido social la universalidad "abstracta" del derecho, la igualdad "formal" funcional a la desigualdad "real". Se volatiliza también la política, juego de mediación externa de los conflictos que de hecho deja incluída la propiedad burguesa y la explotación de la fuerza de trabajo. Subentra, en cambio, la supervisión técnico-administrativa, la toma de decisiones a partir de datos objetivos y neutros, desideologizados, en vista de las exigencias y dificultades del intercambio orgánico y atendiendo exclusivamente a las necesidades naturales de la vida colectiva. La administración de las cosas triunfa sobre el dominio de los hombres. Finalmente, la noción misma de *representatividad* adquiere su sentido auténtico. No es el de que "todo esté en su lugar", en el cielo de lo público, mientras yo permanezco intangible en la tierra de mi privacidad; sino el de que mi actividad laborativa "representa" a todos los otros hombres y éstos con la suya me "representan" a mí, por que todos juntos constituimos la realización del hombre genérico, sin que nada nos enfrente dialécticamente a unos con otros. De este modo, la esencia social del hombre se realiza parcialmente en cada persona, pero universalmente en la totalidad de miembros de la comunidad organizada.

No limitamos ahora a llamar la atención sobre la conexión entre la idea de *revolución* y los esquemas de oposición mencionados. La supresión del capitalismo y la construcción del hombre nuevo exigen que el nexo entre contradictorios específico de la formación capitalista (esto es, el antagonismo que hemos indicado como c y que encuentra su concreción en la relación capital/fuerza de trabajo), se transforme en una oposición entre contrarios, del tipo a. Mientras la oposición permanezca como interna y funcional al sistema mismo, éste no puede ser superado por *otro mejor*, más afín a la esencia humana. Toda oposición no radical perpetúa la explotación capitalista; sólo cuando el polo activo (el proletariado) agudiza su antagonismo al máximo, puede sobrevenir el cambio cualitativo. El enfrentamiento debe ser absoluto, para que las polaridades dialécticas immanentes se resuelvan en una lucha entre principios inconciliables.

Marx alimenta un pronóstico plurívoco. Por una parte, atribuye a la crisis económica (independiente de toda previsión humana) una función desestabilizante tal, que genera las condiciones "objetivas" para la opción real; por otra, sostiene la necesidad de la intervención consciente para llevar a cabo esa estética histórica. En ambos casos, la dialéctica muestra que las contradicciones deben desembocar en una situación de choque extremo. El corolario obvio es que la política es una forma más o menos encubierta de la guerra.



La complejidad del planteo marxiano respecto su producción de las obras juveniles hasta las de madurez. Por un lado, Marx denuncia la inversión idealista, por la cual Hegel atribuye a lo universal (propio del pensamiento) un dinamismo y una fuerza creativa de la que carece y, correlativamente, reduce lo particular y empírico a un producto de su producido. Marx impugna este misticismo especulativo y sobre todo la conexa "conciliación" de los opuestos, esa ilusión hegeliana que lleva a aceptar cualquier contingencia como encamación de lo divino, o más precisamente: a santificar instituciones históricas, relativas y condicionadas, como si fueran la

**Libreria PREMIER**

SOCIOLOGIA • POLITICA  
PSICOLOGIA • PSICOANALISIS • HISTORIA  
ECOLOGIA • COMICS

O EL TEMA QUE BUSQUE

TARJETAS DE CREDITO

AVENIDA CORRIENTES 1553 • Tel.: 46-6116 • BUENOS AIRES

**Ricerca e Cooperazione**

Nosotros nos ocupamos de pequeñas cosas...

...mejorar las técnicas agrícolas de una comunidad campesina en Ghana, organizar un barrio marginal en Ecuador, crear un centro cultural en Colombia, instalar un consultorio sanitario en Bolivia. Pequeñas cosas que enriquecen, articulan, extienden la sociedad civil. Pequeñas cosas que son el tejido de la democracia. No se espere de nosotros grandes diques, obras litánicas. Si, en cambio, expertos y voluntarios que trabajarán con ustedes de igual a igual, compartiendo ideas, esperanzas y voluntades. Queremos también trabajar en la Argentina: háganos llegar ideas, proyectos, inquietudes.

Asociacione per la ricerca, la documentazione e il lavoro volontario nella cooperazione internazionale

Via Latina, 276 - 00179 ROMA

## Elias Canetti v Theodor Adorno

DICCIONARIO DE POLITICA  
 BOBBIO - 2 VOL.  
 \$ 75,00 A 69,00

CIVILIZACION MARBERIA  
 BOBBIO - 3 VOL.  
 \$ 304,92 A 210,00

HISTORIA SOCIAL DE LA  
 CIENCIA - BERGER - 2 VOL.  
 \$ 45,00 A 29,92

HISTORIA DE LAS  
 IDEOLOGIAS - 3 VOL.  
 \$ 42,92 A 29,00

LA TERCERA  
 POLITICA  
 BERGER  
 A 15,00  
 A 11,00

EL ORDEN  
 SISTEMA MARBERIA  
 2 VOL.  
 \$ 55,00 A 29,00

FELSAPORTA HERNANDEZ  
 OBRAS COMPLETAS - 3 VOL.  
 A 70,00 A 20,00

MARX Y ENGELS  
 OBRAS ESCOGIDAS  
 3 VOL. A 10,00

GRAMSCI  
 16 VOL.  
 A 60,00 A 59,00

TRATADO DE ECONOMIA  
 MARXISTA - HUBEL  
 \$ 39,00 A 21,92

DEUTSCHER - TROTSKY  
 2 VOL.  
 \$ 84,00 A 31,00

OBRAS ESCOGIDAS  
 MARX-ENGELS - 5 VOL.  
 A 10,00

LA SOCIEDAD FORMAL  
 MARX-BUCHEN - 2 VOL.  
 A 35,00 A 25,00

Libreria **gandhi**

MONTEVIDEO 453  
 TEL. 45. 1964  
 BUENOS AIRES



## Cine argentino

## ¿Hacia un Hollywood en miniatura?

Rafael Filippelli

El cine argentino actual, a pesar de sus éxitos internacionales, o precisamente por ellos, necesita del debate sobre modelos posibles y deseables de desarrollo, tanto tecnológico como económico-financiero. En este artículo se discute una de las imaginarias opciones que suele asomar su perfil en el discurso de directores y productores: Hollywood. "Hagamos como hace el cine norteamericano", parece ser la consigna. ¿Pero hasta qué punto esto es posible y aconsejable?

más baja afluencia de espectadores semanales en Estados Unidos equivale a poco menos del diez por ciento de su población, dato que para la Argentina equivaldría a más de 2 millones de espectadores; también semanales, cifra más bien, inimaginable.

Ahora bien, al margen de las evidencias de una industria basada en la potencia económica del país que la genera (y obviamente es ese poder económico lo que permite y permite —aunque cada vez menos— la aparición de artistas que tratan de filmar en contra del cine oficial), hay otros aspectos, más estrictamente ideológicos, que también definen al cine norteamericano. Se podría afirmar, sin exageración, que Hollywood se fundó sobre el código Hays. Una industria que en sólo dos décadas se había convertido en el medio más importante de comunicación de masas, debía inevitablemente complacer a los múltiples grupos políticos y religiosos que existían en Norteamérica. En 1931, con la creación de las empresas que monopolizaban la industria (Paramount, Warner, Fox, Columbia, Universal), se crea el código Hays, una suerte de mecanismo de regulación sobre los contenidos de las películas, sobre lo que podía decirse o no y sobre la ideología que se debía transmitir.

Constituido en una industria basada en tales principios y, sobre todo, teniendo en cuenta que todo el cine tenía que ser realizado dentro de los grandes estudios, Hollywood no dejaba demasiado margen para aquellos directores que quisieran filmar a partir de su propia concepción del mundo y del cine. Fue así como los mejores trataron de buscar intenciosos que les permitieran —con suerte variada— colocarse en medio de las exigencias de las compañías y sus ideas personales. Hay que tomar en cuenta, además, un hecho que no por paradójico es menos ilustrativo: una gran parte de ese cine fue realizado por europeos. Desde dueños de estudios como Samuel Goldwyn hasta artesanos de buen oficio como Michael Curtiz, los ingleses Chaplin y Hitchcock; el danés Sirk, el italiano Capra, el ruso Miliostone, los austriacos Preminger, Zinneman, Wilder, Sternberg, Lang, y así de seguido, hicieron mucho para que el cine de Hollywood fuera lo que fue. Los que no aceptaron las reglas fueron los primeros en caer: Murnau y Stroheim; este último, después de haberse visto obligado, primeramente a dejar de dirigir, y luego a ganarse la

vida en distintos e inferiores roles que le asignaban en los estudios, durante los años cuarenta rodó, en calidad de actor, la magistral *Sunset Boulevard* (*El ocaso de una vida*) de Billy Wilder, donde actuaba de una manera expresionista su propia tragedia: era el ex marido, el ex director y el actual mayordomo de una ex diva del cine mudo. De todos modos, justo es reconocer que el ensañamiento no estaba dedicado exclusivamente a los extranjeros, como más tarde lo demostró la atormentada vida artística que se vio obligado a llevar Orson Welles, sin duda alguna uno de los más grandes e intransigentes artistas norteamericanos de todos los tiempos. En 1940, a los veinticinco años, a Welles no le conformaba resignarse al pequeño espacio que la industria había establecido para sus colegas europeos: la introducción del buen gusto, el refinamiento formal y cierta crueldad oculta detrás de la ropa de etiqueta. Intentó entonces demostrar que no todo estaba perdido y reaccionó contra el cine de Hollywood escribiendo y dirigiendo *Citizen Kane* (*El ciudadano*), con lo que revolucionó el cine mundial, incorporando, por un lado, la ambigüedad de las formas del relato y, por el otro, denunciando la gran ambigüedad de la política norteamericana. Claro está que deberá pagarlo con el exilio artístico, convertido en un paria de las cinematografías del mundo y de los distintos "pasos" de película, incluido el super ocho.

Resulta evidente que un cine basado en códigos de regulación ideológica y en un sistema cerrado de géneros y estrellas, tiende a generar modelos imposibles y aventuras triviales o disparatadas, donde los verdaderos artistas tienen un margen muy estrecho. Dirá Adorno: "En las fisonomías sintéticamente preparadas de hoy en día, se ha olvidado que haya existido alguna vez un concepto de la vida humana. Durante siglos la humanidad se preparó para Victor Mature y Mickey Rooney".

Volviendo al comienzo de esta nota se podría objetar por qué no es posible tomar lo bueno de la industria del cine norteamericano, ya que existe, y rechazar lo malo; y que, por lo demás, los ejemplos dados pertenecen a otra época, distinta del presente. Aunque resulta evidente la ingenuidad de la primera objeción, tratemos de razonar en las dos direcciones.

Hollywood no ha cambiado y, si lo ha hecho, ha sido para peor. Después de haberse visto obligado a pactar y adaptarse en su batalla con la televisión, trabajando

para ella a fin de poder continuar en el negocio, el cine de Hollywood, es decir: sus inversionistas, necesita cada vez más de productos capaces de no fracasar en el circuito de comercialización. Y para ello sólo se deben encargar proyectos seguros, en el mejor de los casos provistos de algún bamiz cultural o artístico, de alguna densidad psicológica o histórica tenue para, eventualmente, entrar en la carrera del Oscar que, de ser obtenido, relanza una película en el mercado norteamericano y centuplica su repercusión en el internacional. Esta situación es la que ha obligado a Ford Coppola a convertirse en financista de sus propias películas. Así, un director inteligente y, sobre todo, astuto en su relación con la industria es, al mismo tiempo, patrón y empleado de sí mismo: como patrón filma la obra que elige y como empleado, una destinada al mercado. Por ese camino llegamos a John Cassavetes, cuya última *Love Streams* (*Torrentes de pasión*) lo coloca seguramente como el mejor director norteamericano actual, pero no ha sido suficiente para valerle una nominación al Oscar de la Academia, porque su película careció de la suficiente repercusión de público.

Sin poder escapar, hoy como ayer, a la determinación del mercado, el cine norteamericano atraviesa en la actualidad tal vez el peor momento de su historia. Con un lenguaje que no cambia, a pesar del refinamiento técnico y cada vez más sensible a la lógica del éxito y la ganancia y a las necesidades de los diferentes públicos, demuestra, aun en los más inteligentes, las contradicciones más flagrantes.

Si esto es así, no se vislumbran demasiados motivos para luchar en la Argentina para construir un sistema de tal naturaleza, aun en el caso, francamente improbable, de que existieran condiciones para hacerlo. El Hollywood que, de todos modos, permitió y hasta, en un sentido perverso, posibilitó las películas de John Ford, Howard Hawks y algunos otros, no fue elegido por estos directores sino que les fue impuesto. Allí, inevitablemente, tuvieron que trabajar y a base de cinismo, dolor, frustraciones y una gran dosis de adaptación, fruto de sus propias astucias, lograron perdurar, a pesar de todo. Ford, Hawks y otros pocos no eligieron Hollywood, fueron sus víctimas. Hollywood fue desarrollado por capitalistas, financistas, banqueros, productores, y ellos, los mejores, hicieron allí lo que pudieron.

Pero además: ¿dónde están esos capitalistas en la Argentina? ¿dónde están los millones de espectadores, del mercado interno e internacional que van a lanzar a nuestra industria hacia este El Dorado cinematográfico? Por el momento, el Estado es casi el único banquero dispuesto a financiar al cine argentino. No parece deseable que sea el Estado (y algún otro productor local) el que se embarque en la construcción de esta miniatura de Hollywood que se fantasea para la industria cinematográfica local. Hollywood no se puede construir en miniatura, porque se define precisamente por su gigantismo.

Finalmente, ¿quién garantiza que sea imaginable Hollywood rioplatense: no repita la historia de despidados imposiciones y censuras de su modelo californiano? ¿Aspiramos verdaderamente a ese tipo de industria y a sus modalidades narrativas, formales e ideológicas?

El cine argentino actual, sin duda, ha logrado un reconocimiento internacional del que, hace años, carecía por completo. Los premios en el extranjero, el relativo interés que otros mercados van teniendo por nuestras películas y algunas propuestas de coproducciones, han ido generando un clima de euforia, por cierto legítimo, pero frente al cual deberíamos mantenernos alertas para no padecer en el futuro frustraciones a las que, por otra parte, estamos tan acostumbrados. Nuevamente se escucha que tenemos que hacer volver al público a las salas donde se proyecta nuestro cine y que, para ello, debemos construir una industria poderosa cuya producción masiva asegure, al mismo tiempo, el mercado nacional y vaya ganando posiciones en el extranjero. Aparte de las posibilidades ciertas o no de esta expresión de deseos, ¿sabemos qué nos proponemos?, ¿sabemos de qué estamos hablando y cómo lograrlo? Mucho me temo que no. De todos modos parecería evidente la existencia de un modelo que quite este ambicioso proyecto: el cine norteamericano. Ahora bien, este cine, que es en realidad el de Hollywood porque sólo a él se remite el modelo, lleva ya casi cien años de éxitos y fracasos y parecería pertinente hacer un repaso de algunas de las constantes de esa industria a lo largo de su constitución, desarrollo y de su situación actual, para poder ver, no sólo si es una empresa posible para nuestro país, sino si nos interesa como modelo.

En primer lugar, la característica fundamental del cine de Hollywood es la de cubrir sus costos con su mercado interno, siguiendo, dirigiendo, y hasta previendo sus cambios, para luego proyectarse hacia Europa y el Tercer Mundo, merced a prácticas copados por las eufemísticamente llamadas distribuidoras internacionales, que regulan, ahí también, los gustos y preferencias de los públicos. Es decir, el cine norteamericano es el cine de una gran potencia, basado en la, porque no decirlo, atracción, aunque ambigua atracción que despierta Estados Unidos entre los públicos y del cual, como se sabe, su propio cine tuvo mucho que ver.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, el cine de Hollywood tiene una tradición, sin duda la más grande entre todas las cinematografías del mundo, al menos en lo que hace a un sistema comercial capaz de sintonizar las preferencias de los espectadores. Un cine basado en la vitalidad, la acción, el espectáculo y la capacidad para construir mitos, que funda el primer y más importante sistema industrial, enfrentado desde sus orígenes con el cine de Europa, más preocupado por sus posibilidades artísticas y el desarrollo de diferentes estéticas.

En tercer lugar, la consolidación de esta industria es muy temprana. Ya concentrada en Hollywood, durante la década del veinte se realizan alrededor de seiscientos largometrajes por año y la demanda del público se mantendrá firme: 75 millones de espectadores semanales en 1930; 80 millones en 1940; 90 millones en 1948, para bajar a 60 millones en 1950. Es interesante constatar, asimismo, que después de poco más de veinte años desde la aparición de la televisión, en 1970 sólo habrá 15 millones de espectadores por semana. De todos modos, la